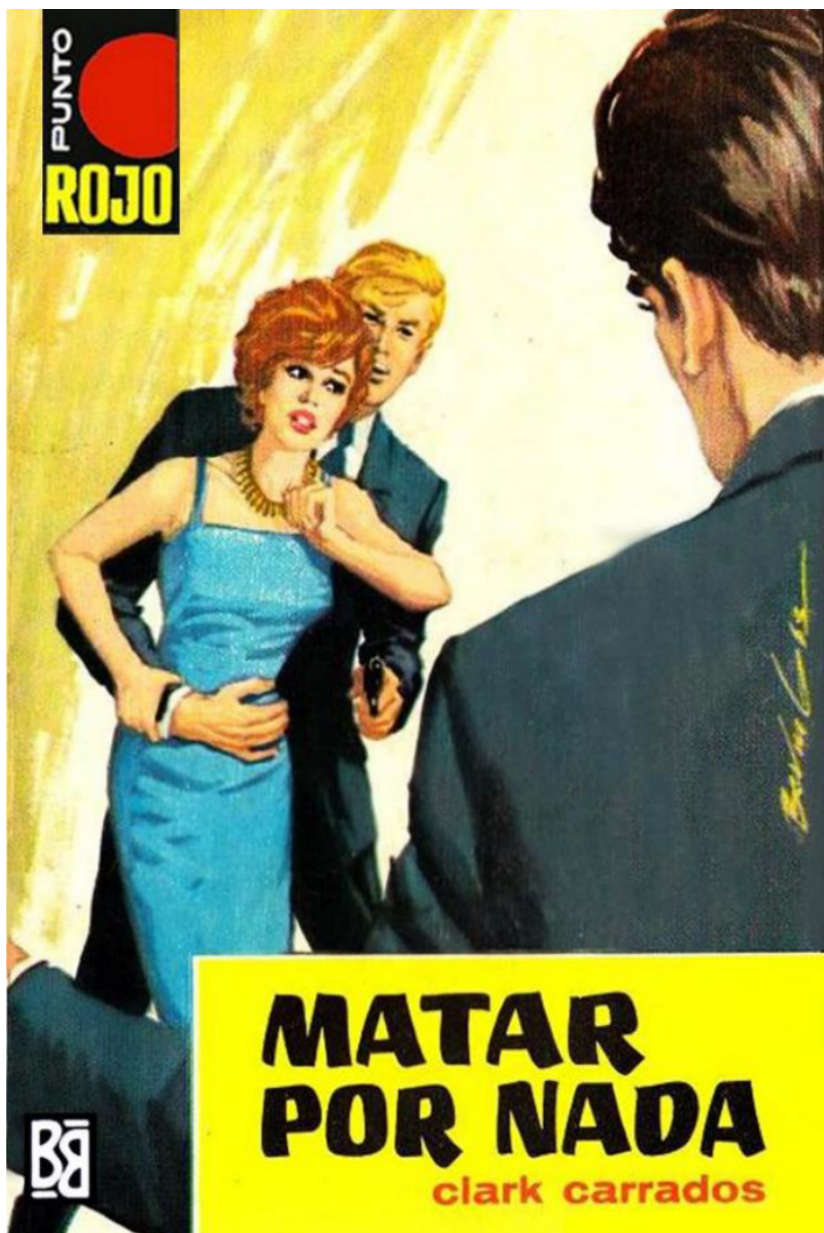


PUNTO

ROJO



MATAR POR NADA

clark carrados

CLARK CARRADOS

MATAR POR NADA

Colección PUNTO ROJO n.º 86
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección **SERVICIO SECRETO:**
812 — Trampa mortal.
- En Colección **SERVICIO SECRETO:**
695 — Manos para la venganza.
- En Colección **BUFALO:**
515 — Venganza fatal.
- En Colección **CALIFORNIA:**
376 — Asesino y traidor.
- En Colección **SALVAJE TEXAS:**
390 — De través sobre el caballo.
- En Colección **COLORADO:**
311 — Trampa sin salida.
- En Colección **KANSAS:**
246 — La herradura mellada.
- En Colección **BRAVO OESTE:**
148 — La marca sangrienta.
- En Colección **PUNTO ROJO:**
83 — Los ojos del diablo.

DEPOSITO LEGAL B 22674 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - DICIEMBRE 1963

(C) CLARK CARRADOS - 1963

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963**

N. R. 5750/63

**MATAR
POR
NADA**

POR CLARK CARRADOS



CAPÍTULO PRIMERO

Tengo la completa seguridad de que cuando Phil Wynter murió, hubo muchas personas que respiraron aliviadas, se regocijaron con su muerte e, incluso, no faltó quién se emborrachó más o menos en secreto, a fin de celebrar dignamente el acontecimiento.

Por supuesto, yo no fui ninguno de ellos. No conocía a Wynter personalmente ni tampoco había tenido jamás la menor relación con él, de modo que en lo que a mí se refiere, su muerte me dejó frío, de la misma forma que a diario se cometen crímenes en Los Ángeles, y no por ello he de preocuparme por cada asesinato que se lleva a cabo. Para mí fue uno más, aunque por la personalidad del difunto, su muerte cobró cierto relieve durante algunos días.

Phil Wynter había sido un periodista de los llamados «chismosos», es decir, de esos que recogen anécdotas, muchas veces inventadas, de las estrellas del cine de uno y otro sexo, habladurías, rumores y toda suerte de comentarios y luego los trasladan al papel impreso, para satisfacer la ávida voracidad de ciertas mentes calenturientas, que desfallecerían si cada día no se les sirviese su diaria ración de embustes, adobados con un dos por ciento de verdad. Wynter había conseguido bastante fama en su profesión y había llegado a alcanzar esa preponderante posición del que puede hundir o levantar la fama de un actor o actriz solo con una frase publicada en su semanario.

Aparentemente, Wynter había sido siempre buscado y adulado por los actores y actrices de la colonia cinematográfica hollywoodense. Eso era por delante. Por detrás de él se decían pestes y lindezas de todo género. Si me hubiesen dado un dólar por cada vez que alguien le había dedicado el poco amistoso epíteto de «hijo de perra» —a sus espaldas, por supuesto, nunca en su cara—, habría podido retirarme a disfrutar de la «dolce vita».

Tal era el hombre a quién habían asesinado, del cual se

susurraba hacía otras cosas aún peores, entre las cuales la palabra chantaje jugaba un papel importante, y cuya defunción, sentida de lágrimas afuera, había provocado un tan unánime sentimiento de regocijo.

Aunque murió de un disparo de pistola, los irónicos decían que la muerte de Wynter fue natural. Natural, si se consideraba la cantidad de enemigos con que contaba, a alguno de los cuales debían habérsele hinchado las narices lo suficiente como para atreverse a tirar de gatillo.

Pero el asesino no pudo ser hallado. El crimen fue ejecutado de una manera limpia, casi científica, para evitar que el autor del disparo fatal pudiera ser encontrado, a pesar de las exhaustivas pesquisas que realizó la policía. Wynter apareció tendido en su apartamento, con un único disparo en la cabeza, la bala, entrándole justo por debajo del ojo izquierdo, había alcanzado el cerebro, causándole la muerte fulminante.

El arma del crimen no pudo ser hallada. Ni tampoco se encontraron huellas dactilares, ni de otro género, que pudieran conducir a la identificación del asesino. El piso se encontró en el más completo orden, sin rastro alguno de lucha, ni tampoco de que el asesino hubiese estado escudriñando las habitaciones en busca de algún posible documento comprometedor para él. Lo único que sacó la policía en limpio fue que el matador debía ser conocido de la víctima, dado que Wynter le había recibido a medio vestir, con solo un batín de seda encima de los pantalones del pijama. Solo había un vaso medio lleno encima de una mesita, en el cual estaban claramente estampadas las huellas dactilares del muerto, pero el asesino, a lo que parecía, había rechazado la supuesta invitación a beber.

La policía se cansó de buscar y de interrogar a las amistades del difunto, sin sacar nada en claro. Al fin, el caso empezó a perder interés. Una estrella, muy conocida por sus desarreglos hormonales, anunció su divorcio a los tres meses de su sexto matrimonio, y el nombre de Wynter desapareció de las planas impresas.

Entonces fue cuando yo recibí una visita, cuatro semanas más tarde de la muerte del periodista. Era una mujer, joven y hermosa.

Tenía los caballos bronceados, con reflejos metálicos, y los ojos de un extraño y atrayente color ambarino, cejas perfectas y labios

frescos y jugosos. Poseía un talle sumamente flexible, que enlazaba un busto de líneas armoniosas y compactas, con unas caderas de ánfora, que se prolongaban en unas piernas largas, esbeltas, maravillosamente contorneadas. La piel que dejaba al descubierto el traje que tenía puesto era dorada, cálida, muy agradable de contemplar, así como el conjunto de su sensacional anatomía. Al verla, me pregunté qué hacía que no estaba desempeñando el papel principal de alguna superproducción de tipo extraordinario. Hubiera sido el tipo ideal y las multitudes se habrían sentido inmediatamente arrebatadas por ella.

Al entrar en mi despacho, me saludó con una breve inclinación de cabeza, sin hacer el menor ademán por estrechar mi mano.

—Señor Bascomb, supongo —dijo con voz cálida, aterciopelada.

—El mismo —contesté—. ¿A quién tengo el honor de hablar?

—Me llamo Wynter, Rena Wynter. Quizá mi nombre le diga algo, señor Bascomb.

Traté de dominar mi asombro. ¿Había tenido Wynter alguna esposa secreta, que surgía a la luz en el momento menos esperado?

—En efecto —expresé—. Recuerdo el nombre. Lo leí hace pocas semanas en los periódicos.

—Era mi hermano —declaró ella sorprendentemente.

—Lo siento, señorita Wynter —dije «señorita» porque no vi en sus dedos, de uñas cuidadosamente manicuradas ningún anillo que indicase matrimonio o promesa del mismo. Salvo un collar de cuentas rojas, que ceñía su cuello de cisne con delicada justeza, no llevaba encima otro adorno que un discreto reloj de pulsera.

—Gracias —contestó Rena—. Entonces, puesto que ya sabe la relación que me unía con Phil Wynter, se habrá imaginado cuál es el motivo de mi visita.

Me eché hacia atrás en el sillón y junté las yemas de los dedos, mientras la miraba fijamente.

—En efecto, me lo imagino, aunque preferiría que me lo explicara usted con la mayor claridad posible.

—Era mi hermano. Alguien lo mató. La policía no ha encontrado al asesino. Quiero que usted lo encuentre, señor Bascomb. Eso es todo.

—Verdaderamente es usted muy modesta pidiendo. La policía, que dispone de hombres y medios prácticamente ilimitados, no ha

podido conseguir nada y usted cree que yo, un simple agente de informaciones y pesquisas privadas, puedo hallar al asesino. Solo por cortesía y respeto al dolor que debe sentir por la muerte de su hermano, me abstengo de soltar la carcajada, señorita Wynter.

Ella no se inmutó.

—Contaba con su negativa, señor Bascomb. Precisamente por ello, he traído aquí ciertos elementos de persuasión que le harán cambiar quizá de opinión.

Abrió el bolso y extrajo del mismo un sobre abultado, que arrojó sobre la mesa.

—Hay tres mil dólares —dijo—. Le daré otro tanto cuando haya encontrado al asesino, más, naturalmente, el importe de los gastos que se haya visto obligado a realizar. ¿Suficiente?

—En apariencia, así debiera ser. La recompensa es principesca; sin embargo, debo decirle que no puedo comprometerme a nada. Mi trabajo, ordinariamente, está por completo desconectado del mundo en que se movía su hermano. En estas condiciones, mis pesquisas resultarán considerablemente difíciles.

—Por eso mismo le pago los seis mil dólares —respondió ella, sin inmutarse.

Vacilé un momento. La oferta era tentadora; los seis mil dólares serían limpios, descontados los gastos por completo. Pero me daba pena decir que sí a una chica tan encantadora y hacerle gastar una suma semejante, para luego, quizá, no obtener nada de provecho. Aunque seis mil dólares no son una cantidad que uno se permita rechazar tan fácilmente, tampoco mis finanzas estaban en tal mal estado que me hiciese aceptar el trabajo a ojos cerrados. Hubiese preferido otro más sencillo, palabra.

—Repito que no puedo garantizarle nada, señorita Wynter —repetí—. Escuche; voy a investigar el asunto durante dos semanas. Estos tres mil dólares quedarán en mi poder, en concepto de depósito o caución para los gastos. Si al finalizar esas dos semanas veo que no puedo adelantar nada, le cobraré los gastos, más una razonable comisión en concepto de honorarios y le devolveré el resto. Es lo más que puedo hacer, se lo aseguro.

—Es muy justo —convino ella—. Lo encuentro conforme.

—Entonces, si no le importa, vamos a establecer el convenio por escrito.

—¿Acaso no se fía de mí? —dijo Rena Wynter, muy picada.

—Cuando hay dinero de por medio, prefiero confiar los pactos al papel. Esto me ha ahorrado una infinidad de pleitos enojosos —manifesté—. Usted no sabe la cantidad de gente que afirma primero una cosa y luego se desdice. Entonces, cuando quieren ponerme el pleito, yo les enseño el papel que firmaron y acabo en un santiamén con sus ganas de dejarme sin suelo bajo los pies —toqué un timbre al terminar de hablar, para que acudiese mi secretaria.

—Le aseguro que yo no soy de esta clase de personas, señor Bascomb —dijo ella.

—De lo cual me alegro infinito —respondí.

Entró *miss* Gibson, mi secretaria, y le dicté unas minutas. Al concluir, dije:

—Añada también un recibo por tres mil dólares en concepto de depósito para gastos de investigación del asunto que *miss* Wynter ha tenido a bien encomendarme y tráigalo todo para la firma, lo antes que pueda.

—Sí, señor Bascomb.

Al salir la secretaria, saqué cigarrillos y le ofrecí uno. Fumamos en silencio durante algunos minutos. De pronto recordé que no le había preguntado una cosa.

—Es posible que tenga necesidad de relacionarme con usted para darle cuenta de la marcha de mis investigaciones, señorita Wynter. En ese caso, debe decirme su domicilio y número de teléfono.

Rena se mordió los labios. Era evidente que mis palabras la habían contrariado.

—Le llamaré yo, de cuando en cuando, para conocer el estado de las pesquisas —dijo.

—Lo siento. En primer lugar, puede ocurrir que necesite de usted en cualquier momento imprevisto. Y, en segundo, un detective privado, para vivir, necesita de su licencia. Yo no tengo ganas de que, por una tontería, venga la policía y me deje sin trabajo. En este sentido, son muy estrictos, ¿comprende?

—Está bien —contestó, con evidente disgusto—. Vivo en Canyon Boulevard, 1884. Mi número de teléfono es CA-2640.

Tomé nota de ambos datos en mi agenda, que luego guardé en el

bolsillo.

—Puede quedar tranquila, señorita Wynter. Todo cuanto se ha dicho en esta oficina es estrictamente confidencial.

—Espero que así sea —declaró ella en tono neutro.

Unos momentos después entró *miss* Gibson con los documentos. Se los entregué a Rena para que los leyera y luego le hice quedarse con un duplicado. Los originales fueron a parar al archivo de la oficina.

—Confío en su habilidad, señor Bascomb —manifestó Rena al tiempo de despedirse.

—Es usted más optimista que yo —declaré sin rodeos—. Yo no confío en hallar nada de particular, pero me atengo a un dicho que puede ser muy bien aplicado a estas circunstancias: el que paga, manda.

Rena ahogó una ligera sonrisa. Luego me hizo una imperceptible inclinación de cabeza y salió.

Medio minuto más tarde entró mi secretaria en el despacho. *Miss* Gibson es el prototipo de la secretaria ideal: callada, trabajadora, discreta e inteligente, y con la suficiente edad para haber perdido ya todas sus ilusiones amorosas. En lo que se refería a la parte burocrática de mi agencia, ella era la que llevaba la voz cantante.

—Dejó abierto el interfono —dijo.

—Lo hice a propósito —contesté—. ¿Oyó usted nuestra conversación?

—Por supuesto.

—¿Y qué opina de la chica?

—Que no le ha dicho toda la verdad —declaró *miss* Gibson sin rodeos.

Pegué un salto en el asiento.

—¡Diablos! ¿Cómo lo sabe usted? ¿Acaso es adivina?

—No, pero hay algo que se llama intuición femenina y que raras veces falla —contestó la secretaria—. No digo que no tenga interés por desenmascarar al asesino de Phil Wynter, pero no le ha dicho todos los motivos que la impulsan a obrar de esta manera.

—¿Y cuáles son, en su opinión, los motivos que se ha reservado para sí, *miss* Wynter? —pregunté.

—Es difícil contestar a esa pregunta, jefe —dijo mi secretaria—.

Amor, odio, celos... ¿quién sabe si alguna oculta herencia de por medio?

Me eché a reír.

—*Miss* Gibson, no deje volar demasiado a su fantasía.

—Cuando haya concluido este asunto, ya me lo dirá usted, jefe.

Bien, ¿cuáles son sus primeras órdenes al respecto?

Levanté un ojo al techo y reflexioné durante unos segundos.

—Lo primero, avisar a Pete Burton y Harvey Gwen para que dejen lo que tengan entre manos y se dediquen a escudriñar todo cuanto pueda tener alguna relación con la muerte de Phil Wynter. Que pasen sus asuntos a Bowes y Madera. Burton y Gwen son los dos mejores sabuesos de que dispone la agencia y con dos palabras comprenderán enseguida qué es lo que debemos hacer.

—De acuerdo, jefe. ¿Algo más?

—No, salvo que usted deberá hacer horas extraordinarias y permanecer en la oficina, centralizando informes, porque yo también voy a salir a investigar, por supuesto. Naturalmente, cargaremos en la cuenta de *miss* Wynter el importe de sus horas extraordinarias.

—Muy bien. Estoy dispuesta a sacrificarme día y noche por un centavo de más en mis miserables emolumentos...

Nos echamos a reír. Cogí el sombrero y me dispuse a salir de la oficina.

—Bien —exclamé—, vamos a ver si damos con el asesino del hermano de la encantadora Rena Wynter.

—¿Su... hermano? —preguntó *miss* Gibson intencionadamente.

Confieso que las últimas palabras de mi secretaria me causaron una honda preocupación.

CAPÍTULO II

Lo primero que hice al salir de mi oficina fue dirigirme a la Biblioteca Pública, en donde estuve examinando atentamente todos los ejemplares del *Los Ángeles Times*, a partir de la fecha en que fue descubierto el crimen. La lectura de los periódicos me proporcionó una serie de nombres y datos, que anoté cuidadosamente en mi libreta, a fin de utilizarlos en cuanto me fuera posible.

Después pedí los últimos ejemplares del semanario para el cual había trabajado Wynter. Era una revista dedicada exclusivamente al mundillo del cine, y en la cual, bajo la capa de una pretendida intelectualidad en la parte que pudiéramos llamar de crítica de actores, directores, productores y películas, se ocultaba, malamente, un ansia de poner al descubierto el mayor número de chismes posibles relativos a cuántos intervenían en el cine. Su título era *Stars in the World* («Estrellas en el Mundo»), un epígrafe demasiado pretencioso para la real importancia literaria del hebdomadario. Sin embargo, era una revista que se vendía como el pan bendito, gracias a Wynter y otros periodistas de ambos sexos tan desaprensivos como él. Había que ver lo que debían soportar los pobres artistas de cine: Un ciudadano corriente habría roto las costillas a palos al autor del más moderado de los artículos, pero la vida de un ciudadano corriente no interesaba, y por ello solo aparecían en los artículos chismosos cosas relativas a las celebridades de la pantalla de plata.

Entre los nombres que más me llamaron la atención de los citados por Wynter en sus artículos figuraba el de una estrella de gran nombradía: Laura Albritton. Ahora era actriz, decía la propaganda, naturalmente; pero doce o quince años atrás se había abierto paso por sus méritos físicos exclusivamente. El artículo de Wynter sobre la Albritton hablaba, muy poco veladamente, del

declinar de su «arte» e incluso llegaba a susurrar ciertas falsedades sobre su partida de nacimiento.

Fijé mi atención en aquellas líneas escritas. Técnicamente, era un artículo irreprochable y ni el juez más exigente podría haber hallado en él nada delictivo; pero la realidad era que estaba escrito con ácido sulfúrico en estado de pureza. Por si fuera poco, Laura Albritton había sido una de las primeras personas en ser interrogadas por la policía, dada su amistad con el difunto. Esto me dio mucho que pensar.

Aunque Wynter había muerto de un disparo de pistola, el crimen tenía el toque de una mano femenina. Todo muy limpio, muy ordenado, ninguna huella, ni el menor rastro... Claro que también podía tratarse de un asesino profesional, pero, dadas las circunstancias que concurrían en el muerto, me inclinaba a pensar, más bien, en una venganza. O quizá en suprimir una molestia... para la cuenta corriente, por ejemplo. Recordé, entonces, algunos comentarios que había oído sobre la Albritton: dura, despiadada, sin entrañas, atenta, únicamente, a lo que fuese su triunfo personal, sin importarle todo lo demás. Acaso Wynter había descubierto algún pasaje oscuro de su vida y había tratado de extorsionarla. Aun para una actriz en la plenitud de su carrera, podía constituir un hecho semejante una terrible catástrofe, cuanto más para Laura Albritton, que ya no era ninguna jovencita y que ya había hecho en el cine todo cuanto tenía que hacer.

Devolví las revistas y salí de la Biblioteca profundamente pensativo, diciéndome que lo primero que debía hacer era interrogar a la actriz. Pero, para llegar hasta ella, lo primero que había que hacer era atravesar una valla semejante al Telón de Acero y ya era demasiado tarde para intentarlo en el día.

Entré en un teléfono público y llamé a la oficina. *Miss Gibson* contestó de inmediato.

—Óigame —le dije—, en cuanto le llamen Burton y Gwen, dígales que se dediquen a investigar el pasado de Laura Albritton, desde que le salió su primer diente hasta el día de la muerte de Wynter. Después, puede retirarse a dormir, *miss Gibson*.

—De acuerdo, jefe. Lo haré así. De todas formas, tengo que decirle que hay un visitante en su oficina que está ansioso de verle.

—¿Un visitante? —Fruncí el ceño mientras consultaba mi reloj

—. Es ya tarde, son cerca de las ocho de la noche, *miss* Gibson.

—El señor Bancroft dice que es muy importante, que necesita verle a usted cuanto antes.

—Bueno, *miss* Gibson, en realidad, yo estoy ocupado ahora con el asunto del periodista asesinado. ¿Por qué no se lo traspassa a Chuck Mac Coffin? Chuck es un muchacho muy espabilado y...

—Precisamente el señor Bancroft quiere hablarle de Phil Wynter.

Callé un instante. Luego hablé:

—¿Dice que es muy urgente?

—Así es, jefe.

—Bien —rápidamente me hice una composición de lugar—. Dígale que acuda a mi casa. Dele la dirección y que vaya allí. Perderemos menos tiempo obrando de esa manera.

—Entiendo, jefe.

Colgué el teléfono, preguntándome qué diablos tendría que decirme Bancroft que pudiera estar relacionado con la muerte de Wynter. El nombre del sujeto no me sonaba para nada ni recordaba haberlo oído anteriormente. De todas formas, me dije, pronto conocería los motivos de su urgencia.

Monté en el coche y me dirigí a mi apartamento. Fui a la cocina y saqué una lata de cerveza del frigorífico. Hacía calor y la frescura de la bebida me tonificó notablemente.

Me quité la chaqueta y encendí un cigarrillo. Miré el reloj. Bancroft se retrasaba más de lo conveniente, sobre todo, considerando las prisas que había demostrado y que mi casa estaba aproximadamente equidistante de la Biblioteca Pública y de mi agencia. Por lo tanto, lo lógico hubiera sido que hubiésemos coincidido casi en la llegada, pero ya había pasado un cuarto de hora y Bancroft no aparecía.

Terminé la cerveza y encendí otro cigarrillo. Empezaba ya a considerar la conveniencia de acercarme al *comedor* de mi amigo Luis Fernández, donde se sirve un arroz a la española y unas enchiladas mejicanas insuperables, cuando de pronto oí el zumbador de llamada de la puerta.

Aplasté el cigarrillo contra el cenicero y me dirigí hacia la entrada.

Abrí la puerta. Un hombre apareció bajo el dintel.

Era un tipo de unos cincuenta años, calvo, vestido con unas ropas flojas y transpiradas por los sobacos. El olor a sudor que despedía no tenía nada de agradable.

El hombre permanecía en pie, balanceándose ligeramente de derecha a izquierda, como si estuviese beodo y tratara de mantener el equilibrio. Sus ojos aparecían cubiertos de una extraña película que velaba su brillo.



Parecía borracho...

De pronto me di cuenta que tenía el rostro completamente ceniciento.

Empecé a sentir una vaga aprensión. Súbitamente, un hilillo de un color escarlata inconfundible brotó de los labios del sujeto, corriéndole por el mentón hasta la pechera de la sudada camisa.

Antes de que pudiera apercibirme a sujetarlo, mi visitante se desplomó, redondo, en el suelo.

Lleno de una lógica alarma, me arrodillé a su lado, tratando de volverle boca arriba. Entonces noté que una de mis manos, la que había entrado en contacto con su costado izquierdo, se mojaba de un líquido caliente y pegajoso.

Los ojos de Bancroft me miraron con expresión implorante. Era evidente que se moría a chorros. Alguien le había asestado una terrible puñalada, que ahora estaba causando sus efectos.

—¿Es usted Bancroft? —pregunté.

Movió los párpados afirmativamente.

—¿Quién le ha apuñalado? —pregunté—. ¡Conteste, pronto!

Su respuesta me llenó de sorpresa y desconcierto. No pronunció un nombre, sino unas cifras.

—Tres... —Su voz resultaba apenas audible—, tres... tres... cero... cinco.

Después de esto, sus piernas sufrieron una fuerte sacudida y sus ojos quedaron fijos en el techo. Entonces comprendí que Bancroft había muerto.

El teniente Wildon, de la Brigada de Homicidios de Los Ángeles, me miró con expresión suspicaz, mientras los técnicos del departamento merodeaban en torno nuestro.

—¿Así que usted no conocía al muerto?

Hice un gesto de fastidio.

—No, teniente; ya se lo he dicho unas cuantas veces, creo yo, ¿no?

—¿Ni tampoco sabe los motivos que le impulsaron a visitarle en su piso?

—Tampoco. Ya le he dicho que fue mi secretaria, *miss* Gibson...

—Hemos comprobado las manifestaciones de *miss* Gibson — cortó el oficial— y concuerdan con las suyas. Tampoco conocía a Bancroft ni sabía los motivos que le habían llevado a verle con tanta urgencia.

—Bueno, entonces, ¿qué más diablos quiere que le diga, teniente?

—Déjemelo a mí, jefe —intervino el sargento Strong, un sujeto para el cual todo el que no llevaba una chapa policial era un asesino

en potencia—. Le aseguro que yo...

—Cállese, sargento —dijo Wildon brevemente—. Según usted, Bancroft vivía aún cuando llegó a la puerta de su apartamento.

—Desde luego, porque tuvo fuerzas para llamar al timbre. Entonces, abrí la puerta y...

—Cayó redondo al suelo, ya lo sé. ¿Dijo algo antes de morir?

Negué con la cabeza.

—No podía hablar —mentí descaradamente, sin saber a ciencia cierta por qué lo hacía—. Como no le había visto en mi vida, le pregunté si era Bancroft. Movié los párpados, como asintiendo, y eso fue lo último que hizo. Inmediatamente después se quedó tieso.

El forense se nos acercó.

—Recibió una puñalada en el quinto espacio intercostal que le atravesó el pulmón izquierdo y, presumo, que interesó también la aurícula del mismo lado, aunque habré de comprobar esto mediante la autopsia. Como quiera, el arma homicida provocó una gran efusión interna de sangre, lo cual, unido al *shock*, determinó su muerte a los pocos momentos de recibida la cuchillada fatal.

—En su opinión, doctor —preguntó Wildon—, ¿cuánto tiempo transcurrió entre la puñalada y el fallecimiento?

—Un minuto, quizá menos, pero nunca más. Una puñalada semejante causa unos efectos rapidísimos.

—¿Ha podido darse cuenta de la clase de arma empleada?

—Un puñal muy largo y afilado, de unos treinta centímetros de longitud. La hoja tenía que ser larga y estrecha a la fuerza, teniente.

—Gracias —contestó Wildon pensativamente—. No deje de enviarme el informe en cuanto lo tenga listo, doctor.

—Descuide. Adiós, teniente.

Wildon se enfrentó de nuevo conmigo.

—Es evidente que el asesino sabía que Bancroft venía a verle, Bascomb.

Levanté los hombros.

—No me lo diga a mí, teniente; bastante jaleo tengo ya con el que me han organizado entre todos —contesté malhumoradamente—. Los periódicos hablarán largo y tendido de este asesinato y la reputación de mi agencia sufrirá bastante.

—Yo opino todo lo contrario —sonrió Wildon—. La gente es así, se pirra por lo emocionante. Ahora le lloverán los encargos; todo el

mundo querrá confiar sus asuntos a un detective privado a quién le asesinan los clientes en la puerta de su casa.

Hice una mueca.

—Las opiniones difieren considerablemente —dije—. Lo que no me explico —añadí— es cómo pudo acuchillarlo el asesino tan silenciosamente, que no se enteró ninguno de los vecinos de la casa.

—Tengo la impresión de que la muerte se produjo en el ascensor —dijo Wildon—. El asesino y la víctima debieron subir juntos y la puñalada no fue asestada sino en el momento en que el ascensor se detuvo. Entonces el criminal sacó a Bancroft afuera, regresó por el mismo camino y se esfumó antes de que nadie tuviera tiempo de percatarse de lo que había ocurrido.

—Eso significaría que el asesino y la víctima se conocían —opiné—. No vi en las ropas del muerto nada que indicase lucha, teniente.

—O no le conocía.

—Entonces se trataría de un asesino a sueldo.

—También entra dentro de lo posible —concordó Wildon.

En aquel momento se acercó el jefe de los expertos.

—Todo listo, teniente. Ya se pueden llevar el cadáver cuando quieran.

—Gracias. Strong, encárguese del asunto.

Los empleados de la *morgue* cargaron el cuerpo de Bancroft y se lo llevaron. Wildon y yo quedamos frente a frente.

—Me parece que vamos a tener que reabrir el caso de Wynter —dijo el policía pensativamente.

Traté de dominar la sorpresa que me producían sus palabras.

—¿Por qué dice eso, teniente? —pregunté.

Wildon me dirigió una escrutadora mirada.

—¿Es posible que no lo sepa? —dijo, fingiendo sorpresa—...

Sam Bancroft era el redactor jefe de *Stars in the World*.

Hacía diez minutos que se habían ido todos y aún permanecía en el mismo sitio, completamente inmóvil, abrumado por la revelación que acababan de hacerme.

CAPÍTULO III

Al día siguiente, por la mañana, lo primero que hice, al llegar a mi oficina, fue arrojar un rápido vistazo a los periódicos. Los titulares despedían humo, por supuesto, y mi nombre aparecía en ellos con grandes caracteres, aunque, afortunadamente, no en calidad de sospechoso. Me impuse rápidamente de la situación y luego toqué el timbre.

Miss Gibson entró, seguida de los dos sabuesos, *Burton* y *Gwen*. Saludé a los tres y luego pedí informes de la labor realizada el día anterior, enterándome de algunas cosas muy sabrosas referentes a *Laura Albritton*.

—Se ha casado con un tipo por lo menos diez años más joven que ella —informó *Burton*. Miró su libreta de notas—. Actualmente residen en «El Copito», un rancho situado hacia el este, al borde del desierto. Ella solo viene a Hollywood cuando tiene que filmar y, por lo visto, le están preparando un nuevo guion.

—Esto es lo que hemos averiguado a grandes rasgos —añadió *Gwen*—, aunque, claro está, necesitamos profundizar más.

Extendí la mano.

—De eso se encargará *Burton*. Usted, *Gwen*, se las entenderá con un número. Tres mil trescientos cinco.

Miss Gibson y los dos informadores pusieron cara de sorpresa.

—¿Y eso qué es? —preguntaron a coro.

—Guarden discreción y no lo digan a nadie —contesté—. No sé por qué, pero yo tampoco se lo dije al teniente *Wildon* cuando me estaba interrogando. *Sam Bancroft* pronunció unas palabras segundos antes de morir; precisamente esas cifras.

—Parecen de un número de teléfono —comentó *Gwen*.

—Es posible que lo sean. También puede ser el número de alguna casa situada en una avenida muy larga. En todo caso, *Gwen*, usted se encargará de averiguar qué quieren decir esos cuatro

guarismos. No lo olvide: tres, tres, cero, cinco.

—Enterado, jefe.

—¿Y no se lo dijo a la policía...? —preguntó *miss* Gibson.

—No, *miss* Wynter nos ha ofrecido una buena tajada por encontrar al hombre que mató a su hermano y, naturalmente, después de lo que pasó anoche, ahora me siento interesadísimo en hallar al criminal. Si se lo digo el teniente Wildon y es este quien lo encuentra, la agencia perderá ese sustancioso bocado.

La secretaria emitió una pálida sonrisa.

—Parece ser que ahora ya se siente con más deseos de descifrar el enigma, jefe.

—¡Cómo se nota que usted no se ha encontrado nunca con un sujeto en los brazos agonizando de una puñalada, *miss* Gibson! —dije, haciendo una mueca.

—¡Dios no lo quiera! —exclamó ella vivamente. Luego añadió—: Lo que es a partir de esta, *Stars in the World* va a cobrar una fama descomunal.

—Sí —dije amargamente—. La de la revista cuyos redactores son asesinados sin que nadie sepa quién es asesino.

—La gente la comprará con mayor afán todavía, jefe.

—Es posible —concordé—. De todas formas, eso es secundario para nosotros, puesto que ninguno tenemos participación en la revista. Bien, Burton, usted a seguir sonsacando todo lo que pueda de la Albritton y, de paso, de las personas interrogadas por la policía más directamente en relación con la muerte de Wynter. Gwen, usted dedíquese exclusivamente a ver qué puede ser ese dichoso tres mil trescientos cinco.

Me puse en pie.

—Yo me voy a ver a Laura Albritton. Dicen que las estrellas de cine no reciben tan fácilmente a los intrusos, pero tendré que espabilarme para conseguirlo.

—De aquí a «El Copito» hay casi treinta millas —observó Burton.

—En una hora estaré allí. Muchachos, pasen sus informes a *miss* Gibson; yo les dejaré instrucciones nuevas si es preciso.

Salimos de la oficina y nos encaminamos, cada uno, a nuestra tarea respectiva. Yo subí a mi coche y salí de Los Ángeles en dirección al norte. Después de atravesar Pasadena, Glendale,

Burbank y San Fernando, derivé al este por la carretera que conduce a Mojave. Una hora después, distinguí un grupo de residencias campestres al borde del desierto.

Hasta donde alcanzaba mi vista, todo era una llanura árida e inhóspita, donde un hombre perdido podía morir en horas bajo los despiadados rayos de un sol abrasador. Pero eso podía suceder en el corazón del desierto, nunca en el lugar en que me encontraba.

Había allí una aglomeración de residencias de gente «pobre», muy separadas las unas de las otras, por descontado, a fin de no molestarse mutuamente, todas ellas rodeadas de exuberantes jardines conseguidos a golpes de cheque y merced a la pródiga utilización de un agua que brotaba a gran profundidad de las entrañas del subsuelo. Me estremecí al pensar en lo que habría costado a cada propietario la prospección de una vena de líquido con el cual atender a sus necesidades. Pero ello les había permitido disfrutar de un ambiente agradabilísimo en pleno desierto, con todas las ventajas que en orden a temperatura y ambiente puede ofrecer este, sin ninguno de sus defectos e inconvenientes.

A lo lejos divisé la colosal serpiente grisácea del acueducto que surte de agua a Los Ángeles, enorme tubo de cemento alternado con canales, por los cuales el agua recorre más de dos mil kilómetros antes de derramarse por los grifos de las casas, viniendo desde el río Colorado. Muchísimo más cerca, por supuesto, estaba «El Copito».

Recorrí, con el coche, los intervalos entre las mansiones, leyendo sus títulos, hasta encontrar el que buscaba. Entonces lo detuve.

El rancho estaba rodeado de una tapia de cuatro metros de altura, bordeada de pinchos de acero en toda su extensión, la cual impedía ver otra cosa que no fueran las copas de los numerosos árboles que había en el interior del recinto. La puerta, contrariamente al uso, no era de hierro enverjado, sino de sólida madera de roble pintada, como la tapia, de blanco, y claveteada, a fin de aumentar su resistencia. Al ver aquel formidable portón, uno hubiera pensado que trataban de defender la entrada contra los tanques.

Bastante desanimado, porque me imaginaba que el acceso a «El Copito» me iba a resultar muy difícil, bajé del coche. Me acerqué a la puerta y presioné el llamador.

Una voz gangosa salió por un pequeño altavoz incrustado en el

muro, a mi derecha.

—¿Qué desea?

—Necesito entrevistarme con la señorita Albritton. Soy Bascomb, Hubert Bascomb, de Los Ángeles.

—¿Para qué quiere ver a *miss* Albritton? —insistió la voz.

—Periodista —dije simplemente. Quizá así me abrieran.

—Aguarde un momento. Lo consultaré.

Pasaron dos minutos largos, durante los cuales me distraje contemplando las volutas de humo de un cigarrillo que había encendido. Súbitamente, la voz dijo:

—Entre y siga recto por el camino. No se desvíe a derecha ni a izquierda o cancelaremos su entrevista.

La puerta se abrió por telecomando. Crucé el umbral, bastante asombrado por la facilidad con que había sido admitido en el rancho. Quizá Laura Albritton estaba muy ansiosa de publicidad, puesto que al manifestar yo que era periodista, ni siquiera se les había ocurrido preguntarme para qué periódico o revista escribía.

Tal como me habían dicho, avancé rectamente, siguiendo un camino enarenado de la suficiente anchura para permitir el paso de un coche. Éste estaba sombreado por las hojas de los árboles que crecían, con profusión, a ambos lados del mismo, y las plantas ornamentales de jardinería abundaban, asimismo, hasta convertir aquel lugar en una pequeña edición del edén de nuestros primeros padres.

Llegué a la explanada que había ante la casa, con las dimensiones justas para permitir la maniobra de los coches. El edificio era pretenciosamente de estilo español, construido por un arquitecto que no debía tener de tal estilo otra noticia más que la de que se empleaban ladrillos, tejas coloradas y unas horrendas verjas de hierro en las ventanas, pero, eso sí, respiraba lujo por los cuatro costados. A la derecha entreví una piscina de natación, en cuyo borde me pareció ver sentada a una ninfa cubierta con un traje de baño blanco.

Subí los tres escalones que me separaban de la puerta de entrada. Ésta se abrió en el mismo momento en que me acercaba a ella y una doncella, ya entrada en años, de rostro inexpresivo, me dijo:

—Tenga la bondad de seguirme.

La casa estaba climatizada, lo cual aliviaba, no poco, la sofocante temperatura externa. El suelo era de espejeante madera y, cuando menos, el decorador de interiores conocía su oficio.

La doncella me pasó a una vasta habitación, en uno de cuyos ángulos divisé un bien surtido bar. Todo un lado de la estancia era pared de cristal, el cual permitía ver el ángulo izquierdo de la piscina, cuyas aguas se removían en aquellos instantes, aunque no pude ver al nadador.

—Espere unos momentos, por favor —dijo la doncella.

—Gracias —contesté. Estuve tentado de ir al bar y servirme un trago con hielo, pero me contuve; debía mostrar circunspección en todo momento.

Pasaron cinco minutos. De pronto, un trozo del muro de cristal se descorrió y un hombre penetró en la estancia...

Era muy alto, casi un metro noventa, de hombros y tórax de hércules, cabellos muy rubios y ojos intensamente azules. Vestía unos pantalones cortos y se cubría el tronco con una camisa de colorines, abierta por delante. Sus pies estaban calzados con unas sandalias de esparto y de todo él se desprendía una intensa sensación animal vitalidad, que se advertía al instante. Calculé su edad en unos veintiocho o treinta años, muy bien cuidados; ejercicios sabiamente dosificados, una dieta cuidadosa, masajes y baños de vapor a fin de cultivar el tipo. Pero después de los cuarenta años, ya no habría quien detuviera el incontenible avance de un vientre que ya empezaba a insinuar su futura prominencia.

Los ojos del sujeto no mostraban ninguna simpatía hacía mi persona.

—El señor Bascomb, presumo —dijo.

—Ciertamente, señor...

—Fashell, Edgar Fashell —contestó el apolo—. Soy el esposo de *miss* Albritton.

—Encantado, señor Fashell —respondí—. Me siento complacidísimo de conocer al marido de una estrella tan famosa, pero es a ella, precisamente, a quien quiero ver. Espero sabrá disculparme.

—*Miss* Albritton no está visible ahora —respondió Fashell secamente—. Y si le hemos permitido la entrada ha sido porque quiero que conozca mi opinión acerca de los periodistas:

entrometidos, embusteros, chantajistas, cuervos que se inventan una carroña para devorarla y ofrecerla a la voracidad de millones de estúpidos lectores...

—Poco a poco —dije severamente—. No he venido aquí para escuchar opiniones, que son más bien insultos, sino para entrevistarme con su esposa. Por otra parte, usted puede decir todo lo que quiera de los periodistas y de sus estúpidos lectores, pero si no fuera por unos y otros, su esposa y cien docenas de artistas como ella andarían ahora despachando bocadillos y tazas de café por las cafeterías de Los Ángeles.

Mis palabras sulfuraron a Fashell. De pronto, antes de que pudiera apercibirme a la defensa, me arreó un guantazo que me hizo dar dos vueltas en redondo antes de caer al suelo.

Sentí que dentro de mi cabeza empezaba a tocar, de repente, una banda de música a todo estruendo. El golpe de Fashell había sido de los buenos y sus efectos casi dobles, porque me había cogido desprevenido por completo.

Tambaleándome, me puse en pie. Fashell estaba que echaba humo.

—Maldito entrometido. Cochino bastardo, hijo de perra...

El segundo golpe me arrojó contra un sillón. Fashell se sentía terriblemente colérico y se dispuso a golpearme de nuevo.

Aquello me puso furioso. Podía comprender que Fashell se sintiese molesto con los periodistas, pero si no quería recibirlos, con no abrir la puerta, en paz. Ahora bien, de sus palabras y actos podía deducirse que trataba de hacer un escarmiento conmigo. Pero yo ya estaba cansado de hacer de *punching ball*, así es que me levanté del sillón, paré su tercer golpe con el brazo izquierdo y luego disparé el derecho a fondo contra su desprotegido estómago.

Tal como había calculado, Fashell era blando de vientre. Acusó el golpe, expulsando ruidosamente el aire sus pulmones. No quise seguir pegándole, pues habiendo detenido ya su impulso, no sentía el menor deseo de ensañarme. Sin embargo, permanecí en guardia, respuesta a replicar si insistía en atacarme.

—No he venido aquí a pelearme, señor Fashell —dije—, sino a hacer unas cuantas preguntas, y no a usted, sino a su esposa. ¿Está claro?

Fashell inspiró con fuerza.

—Mi esposa no contestará a nada que usted le pregunte, maldito piojoso. Váyase de esta casa cuanto antes o...

Una voz le interrumpió de repente.

—¡Eddie! ¿Con quién estás hablando? Creí oír voces...

La estrella irrumpió en el salón, deteniéndose al ver su marido en compañía de un desconocido.

La contemplé durante unos segundos; era la primera vez que tenía a dos pasos de distancia a una actriz de fama sensacional, cuyos escándalos amorosos tanta resonancia habían tenido en los últimos tiempos. Ella me miró también, con bastante sorpresa, al encontrarse ante un sujeto cuya identidad desconocía:

Por supuesto, la fama no mentía. Laura Albritton poseía una figura sensacional, realzada por el ceñidísimo traje blanco, de baño, que vestía —es un decir—, el cual, aun no siendo un dos piezas, se limitaba a cubrir solamente lo indispensable. Su famosa cabellera rojiza pendía suelta por los hombros, tostados por el sol, y sus verdosas pupilas me contemplaban con innegable curiosidad.

—¿Quién es el caballero, Eddie? —preguntó.

—Permítame que me presente yo mismo, *miss* Albritton —dije—. Hubert Bascomb, de Los Ángeles.

—Un entrometido periodista —refunfuñó Fashell.

Ella le dirigió una escrutadora mirada. Fashell se masajeaba el dolorido estómago con la mano. Laura no tenía un pelo de tonta, pese a su expresión de ingenua, que tanta celebridad le había proporcionado.

—Tengo la sensación de que los dos han estado discutiendo y no precisamente en términos amistosos —dijo con suave ironía.

—El señor Bascomb me insultó —contestó el apolo hoscamente.

—Poco a poco —respondí—. No ha habido insultos más que por una parte y no ha sido por la mía, precisamente. En lo que a mí se refiere, me he limitado a decirle que soy periodista y que deseaba entrevistarla a usted, *miss* Albritton. Entonces, su esposo...

—¿Periodista? —me interrumpió ella—. ¿A qué publicación representa usted, señor Bascomb?

Decidí asestar un golpe de audacia. De este modo podría observar las reacciones de los dos esposos.

—*Stars in the World* —contesté enfáticamente.

CAPÍTULO IV

Sobrevino una pausa de denso silencio. Luego, casi con brusquedad, Laura Albritton dijo:

—Déjanos solos, Eddie —su voz era seca, casi estridente.

—Pero, Laura, querida...

—He dicho que salgas —ordenó la estrella en tono que no admitía una mirada incendiaria y luego dijo:

—Como gustes, querida —y se alejó.

La estrella y yo quedamos a solas. Entonces ella me sonrió amistosamente.

—Eddie es muy celoso de mi tranquilidad. Se preocupa mucho de mí, señor Bascomb.

—Si yo fuera su marido, haría lo propio y aún más —dije, galantemente.

Laura rio, dejando ver una doble hilera de perfectos dientes.

—Es usted verdaderamente maravilloso —exclamó—. Venga a tomar una copa conmigo.

Caminó hacia el bar con un sugestivo contoneo de sus caderas, prietamente encerradas en el tejido del bañador. Calzaba unos altísimos zapatos de suela de madera, que hacían un ruido peculiar al caminar; «toc, toc, toc...». Pasó al otro lado del bar y rápida y diestramente preparó dos bebidas. Pronto tintinearón los cubitos de hielo en los vasos.

Mientras ella disponía los refrescos, estudié detenidamente su rostro. No sé si Wynter había tenido, o no, razón en lo del declive de la fama; pero sí que sus dardos acerca de la edad habían impactado muy cerca del blanco. La tirantez de la piel de sus facciones indicaba las costosas operaciones de cirugía estética a que se había sometido para eliminar arrugas. En mi opinión, Laura Albritton había dejado ya bastante atrás la crítica barrera de los cuarenta años, aunque es preciso confesar que conservaba el cuerpo

de una quinceañera. Milagros de la plástica y las dietas modernas, combinados con los servicios de una buena masajista, por supuesto. Las cifras que debía consumir aquella mujer en mejunjes para adobarse debían dar vértigo. Quizá por ello mismo había comprado, porque no se puede decir de otra forma, un marido joven y apuesto, porque veía ya inevitable, más que el declive de la fama, el de su belleza. Es lo que hacen muchas estrellas de cine famosas cuando llegan a la madurez y, aunque uno, personalmente, discrepe de tales uniones, en el fondo, se llega a comprenderlas. Seguramente Eddie Fashell era un *play-boy* sin otro capital que su magnífico cuerpo de atleta y la lógica vitalidad de su juventud.

Laura levantó su vaso.

—Salud, Hubert —dijo—. Llámeme por mi nombre; detesto los tratamientos.

—O.K., Laura. A la salud de la mujer más hermosa que he visto jamás en los días de mi vida.

—Adulador —rio ella—. Me habría gustado más que hubiese dicho a la salud de una encantadora viejecita, porque es eso lo que soy, Hubert.

—No tire piedras contra su propio tejado, Laura. Usted es de las que han descubierto el secreto de la eterna juventud —me incliné de repente hacia ella y la miré a los ojos—. ¿Sabe, Laura? Me están entrando unos deseos horribles de dejarla viuda y no precisamente por la discusión que hemos intercambiado Eddie y yo hace unos momentos.

De nuevo volvió a reír. Pero no echaba la garganta hacia atrás; pese a los cuidados estéticos, aquel era uno de sus puntos débiles en su anatomía externa.

—Es maravilloso, Hubert. ¿Sabe otra cosa? Eddie es un magnífico muchacho, pero un poco soso. Nunca me ha dicho cosas tan encantadoras como usted.

—Es que se siente cohibido ante su belleza, Laura.

—Hubert, no siga por ese camino. Es peligroso —dijo ella insinuante—. Será mejor que cambiemos de tema. Desde luego, es usted el periodista más amable y menos impertinente con quién me he tropezado en los días de mi vida, se lo aseguro.

—Gracias —contesté. Decidí que no podía mantener el engaño por más tiempo. Era preciso poner las cartas boca arriba cuanto

antes—. Pero no soy periodista, Laura.

Ella se puso instantáneamente en guardia. Sus ojos perdieron la expresión de amabilidad, adoptando en el acto otra de recelo y de defensa.

—¿Entonces...? —dijo cortantemente.

Apuré lo que quedaba de mi vaso y lo dejé sobre el mostrador.

—Laura, soy investigador privado, y un cliente, cuyo nombre no puedo mencionar, me ha encargado que encuentre al asesino de Phil Wynter.

—¡Phil Wynter! —repitió ella con indescriptible acento de rabia—. ¿Ese condenado hijo de perra?

—El mismo, Laura.

Los ojos de la artista despidieron fulgores de cólera. Por un momento temí que fuera a despedirme con cajas destempladas.

—No le he matado yo, por supuesto —expresó—, pero sea quien sea el que apretó el gatillo, se merece un premio en vez de un castigo.

—La policía no opina lo mismo —respondí—. ¿Por qué le odiaba usted, Laura?

Se mordió los labios.

—Son razones particulares mías... —dijo roncamente.

—¿Quizá por el último artículo que escribió en la revista sobre usted?

—No —replicó—. Estoy acostumbrada a esa clase de comentarios. —Encogió los hombros con desdén—. Siempre dicen de mí que estoy acabada, que soy una vieja... pero cada vez que se estrena una película mía, consigo un éxito fenomenal. Como el que conseguiré con el guion que están preparando para mí, se lo aseguro. Le enviaré una invitación para el día de la *première*, Hubert.

—Asistiré al estreno, no faltaría más —me di cuenta de que, hábilmente, Laura trataba de desviar el tema, cosa que a mí no me interesaba en absoluto—. Estábamos hablando de Wynter.

—Un mal bicho, ciertamente.

Se me ocurrió que podía aventurar una opinión.

—Estoy seguro de que la sometía a extorsión, Laura.

El rostro de la estrella se volvió del color de la ceniza.

—¡Mentira! —gritó.

—Bien, si usted lo dice, Laura...

—¡No tengo nada que ocultar en mi vida, Hubert! ¿Lo oye? Sí, he tenido tres o cuatro maridos, pero eso es muy común en este podrido mundo del celuloide. Muchas veces, una mantendría el matrimonio contra viento y marea, pero, aquí, no siempre es posible. Presionan unos y otros horriblemente; el departamento de publicidad exige todos los días cosas nuevas; las estrellas rivales se tiran a degüello contra una... Se dice, de mí, que soy dura, implacable... ¿Cree que, de otro modo habría llegado a alcanzar la posición que hoy ostento? En Hollywood es preciso morder con más fuerza que los demás para no soltar la manzana que una ha cogido con los dientes... Y en medio de todo ello, se mueven los periodistas y chismosos profesionales. Es cierto que hay algunos buenos, excelentes, con una clara conciencia de su oficio, pero la inmensa mayoría no son otra cosa que gandules que andan a la greña por alcanzar una migaja del festín a que una asiste tras largos años de sacrificio. Eso es lo que era Wynter, con la diferencia de que él, en lugar de contentarse con un trozo de pan, como otros, quería un cuarto de pollo. ¿Me entiende usted, Hubert?

—Su descripción es sumamente gráfica, Laura —dije—. Pero, implícitamente, ha admitido que Wynter la hacía objeto de chantaje.

—¡No, no es cierto! —gritó. La forma de comportarse indicaba, claramente, que yo tenía razón, pero ella no quería dar su brazo a torcer.

—Muy bien, Laura, no se hable más del asunto. Tendrá que dispensarme si la he molestado.

Su busto se agitaba descompasadamente, con violentos movimientos, tensando la tela del traje de baño. Al cabo de unos momentos se serenó y sonrió.

—Wynter era un mal bicho. No hablemos más de él, Hubert —dijo con voz más calmada—. ¿Otro trago?

—Gracias, Laura. Debo volver a Los Ángeles. Me siento muy complacido por haberla conocido personalmente. Cuando mi secretaria se entere de que he estado hablando con usted, frente a frente, se desmayará de la impresión.

Ella se echó a reír. Salió de detrás del mostrador y se cogió a mi brazo con toda confianza.

—Eres un tío estupendo —ya me tuteaba—. Dentro de una

semana, doy una fiesta para celebrar el segundo aniversario de mi matrimonio con Eddie. ¿Por qué no vienes a pasar un rato con nosotros?

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro! —exclamó—. Y puedes traerte a quién mejor te apetezca. Tu secretaria, por ejemplo.

—No encajaría en la reunión. Es una vieja solterona, carente de todo atractivo físico. No digo que a ella no le gustase, pero a ti y a tus invitados podría no agradarles. Vendré solo...

—Y ya te encontraré yo alguna linda parejita —dijo ella, guiñándome un ojo amistosamente—. Además, tu presencia en la fiesta, directamente invitado por mí, te servirá de mucho. Cuando los concurrentes sepan que eres un detective privado, se pirrarán por darte encargos. Todos andan siempre a vueltas con investigaciones. ¿Comprendes lo que quiero decirte, Hubert? —concluyó con tono lleno de malicia.

—Por supuesto. Esposas casquivanas, maridos ligeros, etcétera, etc...

—Informes sobre solidez monetaria y muchas otras cosas —me miró de arriba abajo con gesto apreciativo—. Incluso, ¿quién sabe si con tu tipo no acabarían proponiéndote interpretar una buena película?

—Todo podría suceder, en efecto —respondí festivamente—. Bien, entonces hasta el día de la fiesta, Laura.

—No faltes, Hubert.

—Descuida. Adiós.

—Adiós.

Cuando ya llegaba casi a la puerta del muro, me volví. Ella estaba en el umbral y me saludó agitando la mano. Correspondí de la misma forma, y luego alguien abrió desde dentro el portón.

Al salir, me encontré con Fashell... El tipo estaba esperándome al pie del coche.

—Quiero que me diga lo que ha hablado con mi esposa —rezongó de mal talante.

—Oiga —exclamé, irritándome también—, ¿acaso teme que le desbanque en el corazón de Laura?

—Sería un idiota si me detuviese a considerar esa posibilidad —respondió sarcásticamente—. Pero tengo ganas de saber lo que va a

publicar, ¿comprende? Estoy harto de que los periodistas digan sandeces de Laura, solamente por vender unos cientos más de ejemplares.

—Si escribiera todo lo que pienso de usted en estos momentos, agotaría las existencias de papel de Los Ángeles, Fashell —dije mordazmente.

El rostro del individuo se coloreó vivamente. Lanzó una rotunda interjección y se dispuso a golpearme. Pero esta vez no me encontró desprevenido y, además, me era sumamente antipático. Así que le castigué ligeramente el estómago y luego, antes de que pudiera recobrarse, lo dejé sentado en el suelo de un monumental derecho a la mandíbula, que le privó de toda capacidad de reacción, aunque no de la facultad de escuchar lo que le dije a continuación:

—No soy periodista, sino un informador que investiga un asesinato: el de Phil Wynter. ¿Sabe usted algo respecto al asunto?

No esperé su respuesta, sabía que no me diría nada. Todavía continuaba sentado en el suelo cuando arranqué a toda velocidad, de regreso hacia Los Ángeles.

Lo primero que hice al llegar a la ciudad fue dirigirme en busca de Matt Donovan, editor y responsable de *Stars in the World*. Después de que dos de los hombres de la revista habían muerto asesinados, estimaba lógico entrevistarme con el principal responsable de una revista de resultados tan fatídicos para sus colaboradores.

CAPÍTULO V

Matt Donovan me recibió apenas le dijeron mi nombre. Estaba claro que había leído los periódicos de la mañana y sabía que Bancroft había muerto en la puerta de mi casa.

Donovan era un sujeto menudito, completamente calvo, el perspicaz brillo de cuyos ojos estaba escondido tras los gruesos cristales de unas gafas de montura negra. Tenía la nariz corva, en pico de ave rapaz y la punta del apéndice parecía ir a juntarse, en cualquier momento, con, su prominente y monda barbilla.

—Siéntese, señor Bascomb —me dijo—. ¿Un cigarro? ¿Un trago? Rechacé ambas cosas.

—Fumaré un cigarrillo —dije. Y lo encendí. Luego nos miramos el uno al otro, como estudiándonos mutuamente antes de lanzarnos al ataque.

—¿Y bien, señor Bascomb? ¿Qué es lo que desea de mí? —dijo el editor melifluamente.

—La Prensa ha aireado sobradamente mi nombre para que usted no conozca mi profesión —expresé—. Puede imaginarse que no estoy aquí para presentarle mis condolencias por la muerte de dos de los hombres de su equipo.

—Desde luego. ¿Alguien le encargó investigar sobre esas muerte?

—En principio solo la de Wynter. Para su revista, no dudo que era hombre de gran provecho; sin embargo, tengo entendido que su muerte ha causado general alborozo entre la gente del cine.

Donovan hizo un gesto de indiferencia.

—Otro periodista tomará su puesto —habló.

—¿El de Wynter o el de Bancroft?

Los ojillos de Donovan brillaron a través de los vidrios.

—El de ambos —contestó incisivamente—. Alguien los asesinó, ignoro por qué motivos; pero no le quepa a usted la menor duda de

que la revista no desaparecerá por ello. Aunque haya quien pueda estar interesado en suprimirnos, seguiremos adelante. Nuestro deber —agregó en tono de gran énfasis—, es tener informado al público de los temas de que trata la revista y lo seguiremos cumpliendo, por encima de cualquier consideración.

—Sus palabras son muy de elogiar —manifesté—. Pero, dígame, ¿no tiene idea de quién o quiénes han podido ser los asesinos de Wynter y de Bancroft?

—En absoluto. Solo sé que eran dos periodistas que cumplían un sagrado deber...

—Conforme —le interrumpí—. Sin embargo, tengo la sensación de que la muerte de Bancroft está estrechamente relacionada con la de Wynter.

—Es posible, no lo niego.

—Al parecer —sugerí—, Wynter debía haber averiguado algo muy importante, que a cierta persona, el asesino, no debía agradarle demasiado que fuese publicado.

—En tal caso, no me lo dijo, puede tenerlo por seguro. Wynter, al igual que Bancroft, no solían hablar de sus artículos hasta tenerlos listos para la imprenta. Entonces los revisaba yo con el fin de ver que no contuvieran nada que pudiera envolvernos en un pleito por difamación. Pero hasta que no habían terminado su tarea, no me decían nada, repito.

—Se habla de chantaje —aventuré cautamente.

—Todos lo dicen —replicó Donovan despectivamente—. La gente cree que por publicar una revista exclusivamente de temas cinematográficos, todos cuantos intervenimos en ella vivimos del chantaje que hacemos a quienes están relacionados, de una forma u otra, con el mundillo del cine. Pero eso es mentira, una indigna mentira, lanzada por tipos de ambos sexos, de vida poco edificante, a quienes no les gusta que se aireen determinados pasajes de su existencia, que no les añaden ningún prestigio. Así tratan de defenderse quienes tienen mucho que callar, sin querer hacer caso de nuestra obligación veraz y sincera de informar al público de quién es y qué hace su estrella favorita. Hay muchos artistas —agregó calurosamente—, de vida limpia, porque saben que todo cuanto se publica en mi revista es estrictamente la verdad. Son los otros los que se quejan, los que deberían llevar una vida más

honesta y edificante y les sabe mal que la gente se entere de lo que hacen. ¿Y a mí qué me importan sus opiniones? —concluyó Donovan tajantemente.

—Una de las que más se queja, según parece, es Laura Albritton —dije en tono inocente.

Donovan soltó una agria carcajada.

—Esa zorra —rio—. Sí, ahora ya es una buena artista, no tengo por qué negarlo, pero... amigo, si usted supiera sus comienzos. Ahora quiere sentar plaza de respetabilidad, pero el pasado no se puede olvidar. Está ahí, a la vuelta de la esquina, levantándose ante nosotros cada vez que volvemos la cabeza ligeramente, como un fantasma acusador que nos apunta con un brazo vengativo, reprochándonos los actos innobles que cometimos tiempo atrás. Eso es lo que le sucede a Laura Albritton y a muchas como ella.

La conversación con Donovan resultaba altamente instructiva.

—Ciertamente —dije con toda cortesía—. Pero a mí no me interesa tanto el pasado de *miss* Albritton como descubrir al asesino de sus dos periodistas.

—Deje que la policía se encargue de ello, señor Bascomb, y dígame a quién le haya encargado de esa misión, que lo olvide todo —contestó Donovan.

—Muy bien. Quizá fuera mejor hacer lo que usted dice. —Me puse en pie, dando la entrevista como terminada. Resultaba obvio que si Donovan sabía algo más, se lo callaba; era demasiado zorro para decir algo que no le conviniera—. La hermana de Phil Wynter se sentirá defraudada —dije en tono casual.

—¿Qué hermana? —exclamó Donovan, vivamente.

—¿Cómo? —fingí sorpresa—. ¿No tenía Wynter una hermana?

El editor hizo un gesto ambiguo.

—Nunca le oí decir nada al respecto, señor Bascomb.

—Quizá era un hombre muy reservado.

—Escuche, Wynter llevaba diez años en la revista. En ese tiempo, se aprende a conocer a un hombre y a saber hasta sus menores particularidades, por muy reservado que sea.

—Bien, acaso no juzgó pertinente hablar de su hermana.

—Es posible, aunque no lo creo. ¿Ha sido ella quien le encargó buscar al asesino?

—Así es —confirmó—. Bien, gracias por todo, Donovan. Adiós.

—Adiós.

Salí a la calle y me detuve unos momentos, encendiendo un pitillo mientras rememoraba el diálogo sostenido con el editor. Donovan había pronunciado unas cuantas frases que me habían llamado particularmente la atención: «Otro periodista tomará su puesto». ¿Relevo? ¿Para continuar con los chantajes? «Deje que la policía se encargue de ello». ¿Pretendía acaso disuadirme de continuar buscando al asesino? «¿Qué hermana?». ¿Era posible que Phil Wynter no hubiese mencionado a Rena en diez años de trabajar en la revista?

De todas formas, una cosa había segura, y era que Donovan había callado más, muchísimo más, de lo que había dicho. Pero era un viejo zorro terriblemente astuto, al cual sería extremadamente difícil sacarle más de lo que ya había obtenido de él.

Entré en un bar y pedí una cerveza. Pensé en Laura Albritton y su apolíneo y malhumorado esposo. La hostilidad de Fashell había contrastado grandemente con la afabilidad de su esposa. Por otra parte, resultaba un tanto incongruente que Fashell me hubiese recibido solamente para propinarme unos golpes y expresar, de este modo, su desdén hacia los chicos de la Prensa. Primero me había admitido, sin informarse previamente de mi nombre ni del periódico para el cual trabajaba yo, supuestamente, y luego me había golpeado. Aquí había algo que no encajaba. De haber sido yo un periodista auténtico, habría debido atenderme con más amabilidad. ¿Era que no comprendía que si mi fingida profesión hubiera resultado legítima, yo podía haber perjudicado enormemente el prestigio artístico de su esposa, relatando el incidente?

Moví la cabeza. No acababa de entenderlo bien, aunque me daba cuenta de que tanto Fashell como Donovan no habían sido sinceros. Rena Wynter había tenido razón al encargarme la investigación.

De pronto recordé un detalle. Wynter no había mencionado nunca a su hermana. ¿Y si Rena no lo era verdaderamente? ¿Por qué no comprobarlo?

Había una manera muy fácil. Busqué la cabina telefónica, puse un níquel en la ranura y marqué las cifras del teléfono de la chica.

Cuando oí que se levantaba el aparato al otro lado de la línea, pregunté:

—¿Miss Wynter?

Hubo una pausa, una levísima pausa apenas perceptible, pero real. Después escuché una voz femenina.

—Sí, yo misma. ¿Quién es?

—Hubert Bascomb, *miss* Wynter.

—¿Cómo está? —preguntó ella—. ¿Consiguió algo?

—Muy poco, a decir verdad. Solo quería preguntarle... —me corté un momento, porque no sabía qué decirle y no le iba a relatar todo cuanto había hecho durante el día. De pronto recordé algo que juzgué interesante—: ¿Le dice a usted algo el número tres mil trescientos cinco? —pregunté de sopetón.

—No. En absoluto. ¿Por qué lo pregunta, señor Bascomb?

—Se lo diré en otra ocasión. Ahora, dígame: ¿cuánto tiempo hace que no veía a su hermano?

—Como dos semanas antes de morir.

—Se sospecha que hacía chantajes.

—No lo creo. Eso es incierto, señor Bascomb. Phil no era de esa clase de gente.

—Mucho me temo que esté usted equivocada. De todas formas, apenas sepa algo más, se lo diré. Ahora...

—¡Espere un momento, señor Bascomb!

—¿Sí, mis Wynter?

—Uno de los hombres de la revista murió ayer en la puerta de su casa.

—No me lo recuerde. ¡Menudo susto me llevé!

—Ese número que citó antes, el tres mil... Tres mil trescientos cinco, sí, ¿tiene algo que ver con Bancroft?

—Solo se lo diré si me promete ser discreta.

—Conforme.

—La policía no lo sabe, ¿entiende?

—De modo que se lo dijo Bancroft.

—Sí; e inmediatamente después, murió.

Rena hizo una pequeña pausa.

—¿No cree que ese número puede ser la clave del misterio? —sugirió.

—Sí, posiblemente, aunque no veo qué relación pueda tener con las dos muertes.

—Puede ser un número de teléfono o de una vivienda —apuntó

ella.

—Tengo a uno de mis hombres investigándolo. Quizá mañana haya conseguido averiguar algo.

—No deje de avisarme en cuanto lo sepa, señor Bascomb.

—Se lo prometo. Buenas noches, *miss Wynter* —y colgué.

Regresé a la barra y tomé otra cerveza. Rena tenía razón; cuando Bancroft había pronunciado aquel número con sus últimos vestigios de conocimiento, era que la cifra tenía una vital importancia en el asunto. Pero ¿dónde había algo en que pudiesen encajar aquellos cuatro guarismos? ¿O acaso el número estaba incompleto y la muerte había impedido a Bancroft pronunciar el resto de las cifras?

Era imposible saberlo, por lo menos, momentáneamente. Debía esperar a que Gwen me informara del resultado de sus pesquisas, y esto no sucedería hasta el día siguiente. A fin de cuentas, tampoco teníamos una prisa excesiva; no pertenecíamos a la policía y nadie nos atosigaba para ganar un día o dos en hallar al asesino. De modo que me fui al restaurante de mi amigo Luis Fernández, cené opíparamente, cambié unas cuantas bromas con él y con su rolliza esposa y luego me dirigí a mi apartamento, con ánimo de darme un buen baño y dedicarme al descanso.

Abrí la puerta y toqué el interruptor con la mano. En el mismo instante, unas garras que parecían mordazas de acero asieron mi muñeca, tirando de mí con terrible violencia hacia adelante.

Un puño se clavó en mi costado, cortándome la respiración. El filo de una mano golpeó en el cuello.

Caí al suelo de rodillas, con la vista nublada por el dolor de los golpes. Entonces, una rodilla me golpeó el lado derecho de la mandíbula y caí sin conocimiento hacía mi izquierda.

CAPÍTULO VI

Cuando me desperté, estaba sentado en un sillón, atado al mismo por medio de una fina soga que me envolvía todo el cuerpo y las piernas en torno al mueble. El sillón era de los de descanso, de modo que en la posición en que me encontraba me resultaba prácticamente imposible moverlo.

Traté de ajustar la visión. Entonces pude darme cuenta de que había dos hombres en la estancia, ambos animados de malísimas intenciones, a juzgar por el trato que me habían dado a mi llegada.

Resultaba obvio que habían estado esperándome desde hacía rato. Desprevenido, sin sospechar nada de su presencia, me había dejado golpear impunemente. Ahora, al despertar, me encontraba sólidamente amarrado e impedido de mover otra cosa que no fuera la cabeza.

A juzgar por lo que podía ver, los tipos eran matones profesionales, sujetos que alquilaban sus «habilidades» al mejor postor, con la moral de una tortuga y la conciencia de un trozo de mármol. No ofrecían, en su aspecto ningún rasgo que se saliese de lo corriente, excepto, tal vez, uno de ellos que parecía extremadamente robusto, dueño de esa clase de músculos de acero que no se notan apenas bajo la ropa, pero que poseen una fortaleza indiscutible. El otro era un tipo común y habría podido pasar por un oficinista cualquiera, a no ser por la implacable expresión de sus ojos.

—Bien —dije al cabo de un momento de silencio, viendo que ellos no se decidían a hablar—, supongo que en algún momento se decidirán a exponerme el objeto de su visita.

El fuerte se inclinó ligeramente hacia mí.

—Podíamos haberle dispensado otro recibimiento menos caluroso, pero preferimos hacerlo así, a fin de que se dé cuenta de lo que puede ocurrirle si no contesta a nuestras preguntas. ¿Me ha

entendido?

—Está clarísimo —dije—. ¿De qué se trata?

—Bancroft murió prácticamente en sus brazos. ¿Qué le dijo antes de morir?

De modo que era eso, me dije para mis adentros. Los tipos, mejor dicho, el sujeto que los había enviado, había leído el periódico detenidamente y, puesto que era el asesino, de ello no me cabía la menor duda, tenía la certeza o sospechaba que Bancroft había podido pronunciar alguna frase comprometedora antes de morir.

—Sí —contesté—. Dijo una cosa.

Los ojos de los hampones brillaron.

—Vamos, suéltela. ¿Qué es lo que dijo?

—¡Ay!

Se produjo un instante de silencio. Luego, el dorso de la mano del fuerte se estrelló contra mis labios. Inmediatamente sentí el gusto cálido y salado de la sangre.

—No me harías eso si estuviese suelto —dije rabiosamente.

Volvió a golpearme. La sangre de mis labios partidos goteó por el mentón.

—Bancroft te dijo algo —gritó el otro, blandiendo un puño amenazadoramente, a dos dedos de mi nariz—. ¡Contesta o te haremos pasar las mil perrerías!

—Repito que no...

Mis ojos se llenaron de lágrimas en el acto. El puño del forajido acababa de machacarme la nariz. Casi estuve a punto de desmayarme de dolor.

—Hijo de perra —le llamé, ciego de ira.

El fuerte me arreó dos sopapos más que me pusieron los labios como morcillas. Empecé a darme cuenta de que si proseguían con el tratamiento, pronto volvería a desmayarme.

—Bancroft habló algo y queremos saberlo. Contesta, o de lo contrario, lo vas a pasar muy mal.

Escupí un poco de sangre.

—¿Piensas que soy tonto, especie de bastardo? —le contesté—. No sé nada, pero aunque lo supiera y os lo dijera, apenas hubiese terminado de hablar, me rebanaríais el pescuezo como a Bancroft.

—Muy bien —dijo el fuerte en tono calmoso—. Tillie, empieza

de veras.

—O. K., Grundey.

Grundey me dirigió una dura mirada.

—Hasta ahora no hemos hecho sino tratarte benignamente. A partir de este momento, se han acabado todas las contemplaciones. Anda de una vez con él, Tillie.

El otro hampón asintió, Metió la mano en su bolsillo y la sacó armada de una navaja, cuyo resorte apretó en el acto, haciendo surgir a la luz una acerada lengua de acero, cuyo brillo me hizo sentir sudores de pánico.

Tillie se me acercó, sonriendo perversamente. Apoyó la punta de la navaja en mi mejilla y dijo:

—¿Hablarás, fisgón?

Mi nuez subió y bajó espasmódicamente. Un hilo de algo líquido corrió por mis sienes: era sudor.

—No sé nada —insistí con voz ronca.

La punta de la navaja hizo presión ligeramente, al mismo tiempo que se deslizaba a lo largo de la mejilla. La incisión no alcanzaba al milímetro de profundidad, pero a mí me pareció que me llegaba al hueso. La sangre se mezcló con el sudor.

En aquel instante, sonó el llamador de la puerta.

Los dos hampones se volvieron al unísono. Tillie guardó la navaja prestamente.

Grundey fue el primero en reaccionar.

—Anda a ver, Tillie —susurró. Y él se colocó delante de mí, con el fin de cubrirme con el cuerpo. Tillie se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—¿El señor Bascomb? —preguntó una voz que reconocí en el acto.

—¡Estoy aquí, *miss Wynter*! —grité repentinamente—. Avise a la policía...

Grundey se volvió, lanzando un rugido, y me asestó un soberano puñetazo que me hizo perder el sentido por segunda vez.

Cuando desperté, minutos más tarde, vi a Rena Wynter, que había sido obligada a entrar en la habitación.

La muchacha se hallaba en pie, junto a una consola, situada en el lado opuesto de la pieza. Su rostro aparecía limpio de color, aunque parecía mantener la serenidad bastante bien.

—Ya se ha despertado el fisgón, Grundey —informó Tillie.

—Muy bien. Atiende tú a la chica. Yo me las entenderé con el pájaro.

Tillie se colocó a un paso de la muchacha. Le enseñó una vez la navaja y luego se la guardó en el bolsillo.

—Recuerde esto. No haga nada sospechoso, porque puedo rajarle una mejilla antes de que se dé cuenta de lo que le pasa. ¿Estamos, preciosa?

Ella no contestó. Tenía los ojos fijos en mí y en Grundey, quien se había situado a pocos centímetros del sillón.

—Escucha... maldito curioso —dijo Grundey—. Voy a darte una última oportunidad: Dime lo que te dijo Bancroft antes de morir y te prometo que nos marcharemos de aquí sin hacerte más daño. Pero si no quieres responder, ten la seguridad de que lo vas a lamentar infinito.

—Ustedes no pueden hacer eso —protestó la muchacha vehementemente—. Sería una canallada...

—Cierra el pico, estúpida —farfulló Tillie.

Los ojos de Rena centellearon. Súbitamente, antes de que Tillie pudiera apercibirse a la defensa, levantó la pierna derecha y le clavó la puntera de su zapato en la espinilla.

Éste lanzó un bramido de dolor, a la vez que se agarraba la pierna lesionada con ambas manos y empezaba a dar unos ridículos saltitos sobre la otra. Entonces, Rena, valientemente, agarró con ambas manos un pesado jarrón de cerámica que había sobre la consola y se lo estrelló al hampón en la cabeza.

Tillie se desplomó de bruces, tan sin sentido como un tronco de árbol. Grundey soltó una sonora maldición y se fue hacia la muchacha, con ánimo de reducirla a la impotencia.

Pero resultó que Rena era una chica valiente, la cual, una vez pasado el primer momento de pánico, no tenía ya miedo a nada ni a nadie. Aún conservaba en la mano derecha la base del jarrón, provista de unos salientes con aristas puntiagudas y afiladas, y cuando Grundey se le echó encima, ella alargó el brazo hacia su rostro, con ánimo de cortarle la carne.

Grundey reculó vivamente. Rena lanzó un grito de júbilo y siguió avanzando hacia él.

—Vamos, valiente —le apostrofó—. Atrévete con una mujer. Así

sois todos vosotros, cobarde, canalla... —El repertorio de la muchacha no parecía tener fin.

De pronto, Grundey la agarró por el brazo, a la vez que forcejeaba para sujetarle la muñeca izquierda. Ella le tiró un viraje con la base del jarrón que si lo agarra bien, le siega la yugular. De todas formas, le hizo un profundo corte detrás de la oreja, lo cual provocó en Grundey un alarido de dolor.

Antes de que el hampón se hubiera recobrado, ella recurrió de nuevo a su arma favorita: la puntera de los zapatos. Los gritos de Grundey hacían estremecer los vidrios de la ventana.

La escena hubiera resultado altamente cómica, de no haberse tratado de dos rufianes dispuestos a todo, uno de los cuales estaba desmayado, pero que podía recobrar el sentido en cualquier momento. Entonces, Rena no tendría ya escapatoria.

Pero la chica demostró que poseía un ingenio fértil en toda clase de soluciones. Después de patear a su gusto las canillas del hampón y, sin dejar de faltarle con los restos del jarrón, le asestó un puntapié, más fuerte que los demás, en el muslo izquierdo. El dolor debió ser tan vivo, que Grundey lanzó un chillido de angustia y se dejó caer de rodillas al suelo.

Entonces, Rena se fijó en una mesita auxiliar que servía como decoración, así como para guardar algunas revistas y depositar en ella las copas, cuando se servían bebidas. Era una mesita muy simple, un tablero de madera y cuatro patitas de hierro; nada apenas. Rena agarró la mesita y la hizo astillas sobre la cabeza de Grundey. El hampón lanzó un gruñido y se tendió sobre la alfombra.

Rena me dirigió una mirada. Estaba encantadora, con el rostro sofocado por el ejercicio y los senos palpitantes, a causa de su alterada respiración. El cabello había perdido su peinado, pero aún desgreñada y todo, estaba como para comérsela.

Los momentos, sin embargo, no eran como para perderlos en mutuas contemplaciones. Apenas vi que había puesto fuera de combate a Grundey, le lancé una advertencia.

—¡Desármelos, pronto!

Rena se precipitó a cumplir mi orden. Registró rápidamente las ropas de ambos forajidos, obteniendo como botín una navaja, un «Smith & Wesson»,

calibre .38, de cañón corto, y una «Luger» alemana de 9 mm.

Todo un arsenal, vamos.

—Ahora, córteme las cuerdas.

La muchacha utilizó la navaja del propio Tillie. Unos segundos más tarde, me hallaba libre, aunque bastante dolorido por el trato nada considerado que me habían dado aquellos dos forajidos.

Ordinariamente no suelo usar armas; la clase de investigación que mi agencia suele realizar no las requiere, pero en aquella ocasión no tuve el menor empacho en apoderarme de la «Luger». Sentía un vivo escozor en los labios y la mejilla izquierda, pero no quería curarme mientras no hubiese resuelto aquel asunto.

Miré a la muchacha.

—Oiga, ¿se suele portar así siempre que se enfada con sus amistades? —pregunté.

Ella emitió una argentina carcajada.

—No, pero me dio mucha rabia ver lo que le habían hecho ese par de granujas. Si quiere que le diga la verdad, es la primera vez que me veo envuelta en una pelea semejante.

—El Señor nos ayude cuando tenga el suficiente entrenamiento —dije en tono de susto—. ¿Cómo se le ocurrió venir a verme?

—Verá —dijo pensativamente—, después de que me habló por teléfono estuve reflexionando acerca de la cifra que usted me citó.

—Tengo a un hombre investigando sobre el particular —dije.

—Sí, ya lo sé. Puede ser el número de una casa, de un teléfono... o de una caja de alquiler en un banco.

Guardé silencio durante unos segundos, mientras la miraba fijamente.

—Bien —respondí al fin—. Es una posibilidad que no se me había ocurrido, pero digna de tomarse en consideración. Ahora bien, ¿se ha dado cuenta de la cantidad de bancos que hay en Los Ángeles... suponiendo que Phil utilizase esa caja de alquiler en uno de los de aquí?

—Conforme —manifestó Rena sin inmutarse—. Pero usted es detective y, según los términos de nuestro convenio privado, está a mi servicio. Investigue esa posibilidad.

—¡Vaya! —exclamé—. Cuando menos, tiene usted dotes de mando. ¿Seguirá así el día en que se case?

—Absténgase de comentarios personales —respondió ella fríamente—. Y ahora...

Hizo ademán de marcharse, pero la detuve.

—Un momento.

—¿Qué le sucede ahora? —preguntó, impaciente.

—Estuve hablando esta tarde con Donovan.

—No le conozco. ¿Quién es?

—El editor de la revista donde trabajaba Phil.

—¿Y...?

—Donovan dice que Phil no le habló nunca de que tuviese una hermana.

—Vivíamos separados e independientes. No tenía por qué mencionarme, si no lo estimaba necesario.

La miré de arriba abajo.

—Usted no puede tener más de veintidós años y posiblemente exagero. Phil trabajó durante diez en la revista.

—¿Y qué significa eso?

—Pues que cuando empezó a escribir para Donovan, usted debía tener once o doce años. Por lo tanto, debía vivir a sus expensas. ¿Cree que este detalle tenía que haber pasado desapercibido para sus compañeros? Aunque no resulta extraño, tampoco es muy frecuente el caso de un hombre que viva en compañía de una chiquilla de doce años, a la cual, es justo suponer, además de vestirla y alimentarla, ha de proporcionarle educación. Estas cosas, a la corta o a la larga, acaban por saberse. ¿Cómo no dijo Phil nunca nada acerca de usted?

—Supongo que no lo estimaría necesario —respondió ella tranquilamente—. ¿Algo más, señor Bascomb?

Uno de los rufianes empezaba ya a rebullir.

—No, nada; es suficiente con lo que hemos hablado. Váyase; ahora tengo que quedarme yo, a solas, con este par de granujas.

—¿Qué piensa hacer con ellos? —inquirió, curiosa.

—Sostener una interesante conversación, no apta para tiernos oídos de castas doncellas. Váyase, la llamaré mañana por teléfono.

Rena se marchó, y entonces los hampones y yo quedamos frente a frente.

CAPÍTULO VII

Grundey y Tillie se sentaron en el suelo, uno tras otro, todavía aturridos y sin comprender muy bien lo que les había sucedido. Todo el valor y la fanfarronería de que habían hecho gala momentos antes, se les esfumó, como por encanto, cuando me vieron encañonarles con la «Luger». Grundey se llevó la mano a la grieta del cuello. En cuanto a su compinche, no hacía más que mover la cabeza a un lado y al otro, tratando de recobrar plenamente el conocimiento.

—Y bien —dije—, parece que la situación ha cambiado completamente. Ahora el interrogador soy yo y, por vuestro propio pellejo, espero sepáis contestarme con plena veracidad, ya que de lo contrario, no lo vais a pasar muy bien. ¿Está claro?

Ninguno de los dos pronunció una sola palabra. Resultaba evidente que, aun sin ponerse de acuerdo, habían decidido mantener silencio.

—Supongo —continué—, que no habéis venido aquí por vuestra propia voluntad, sino que os ha enviado alguien cuya identidad ignoro. ¿Alguno de los dos tiene amabilidad de decirme su nombre?

Grundey apretó los labios. Tillie lanzó un escupitajo a la alfombra.

—Limpia eso ahora mismo o te pego un tiro —dije.

Apreté los dedos en torno a la culata de la «Luger». Tillie se puso pálido. Sacó un pañuelo de su bolsillo y limpió la alfombra. Creyó que podría hallarme desprevenido y al incorporarse, se arrojó sobre mí.

Dejé que llegase a mi altura. Entonces, levanté el pie izquierdo. Cuando se curvaba hacia adelante, lanzando un aullido de dolor, le asesté un terrible puñetazo tras la oreja.

Tillie cayó como un buey apuntillado. Grundey se disponía a lanzarse sobre mí, pero se detuvo en seco cuando vio que el negro

ojo de la pistola miraba rectamente a su estómago.

—Quieto ahí —dije—. No des un paso más o te tuesto las tripas. Contesta a mi pregunta, Grundey. Eres un hampón y seguramente estarás fichado. ¿Crees que sufriría demasiadas molestias si te pegase un tiro? Siempre podría alegar que traté de defender la inmunidad de mi domicilio, ¿no lo crees así?

Grundey se pasó la lengua por los labios.

—Está bien —dijo—. Si quiere que le diga la verdad, no lo había visto en mi vida. Era un tipo con gran bigote y gafas negras. Nos encontró en el

Daisie's

y nos pagó ciento cincuenta dólares a cada uno por que le sacáramos lo que le había dicho Bancroft.

—¡Qué tacaño! —exclamé, escandalizado—. ¿Solo ciento cincuenta dólares?

—Bueno, tampoco era mucho lo que teníamos que hacer —confesó el hampón, avergonzado.

—¿Y qué más?

—Nada más. Nos dio su nombre y dirección, pagó el dinero convencido y se marchó.

—Supongo que os daría una dirección para recoger vuestros informes.

—Dijo que ya nos llamaría él al

Daisie's.

—¿Cuándo?

—No mencionó la hora.

—¿Te fijaste en algún dato particular? Eso de las gafas oscuras y el bigote me da la sensación de que es un disfraz.

—No. Vestía corrientemente y no llevaba encima nada que pudiera comprometerle.

—Pero —dije—, alguna cosa: sus manos, la marca de cigarrillos que fumaba, algún anillo, la bebida que pidió...

—No bebía. Bueno, sí, pidió un vaso de jugo de limón con una cucharada de azúcar y un par de cubitos de hielo.

—Algo es algo —observé—. Bueno, de todas formas, mañana sabremos si me has dicho la verdad. Alguien se encargará de sacártela, descuida.

Un repentino temor se reflejó en los ojos de Grundey.

—¿Qué es lo que va a hacer? —preguntó.

Retrocedí, sin dejar de apuntarle con el arma.

—No te muevas o disparo —dije. Me acerqué a una mesita donde tenía el teléfono y marqué el número de la policía.

Miss Gibson me gastó algunas bromas a la mañana siguiente acerca del parche que llevaba en la mejilla izquierda. Procuré seguirle la corriente y luego hice que *Burton* y *Gwen* pasaran a mi despacho.

Gwen me informó de que no había encontrado a nadie sospechoso en las casas que estaban señaladas con el número 3305, ni tampoco en los teléfonos que poseían dicha cifra, después del grupo de letras correspondientes.

—*Miss Wynter* sugirió que tal vez podría tratarse de una caja de alquiler en un banco. Encárguese de ver lo que obtiene en ese sentido, *Gwen*.

—O.K., jefe.

—Y usted, *Burton*, ¿qué tiene que decirme?

Burton sacó una libreta de notas y me leyó una lista de personas que habían estado relacionadas, más o menos, con *Phil Wynter*, y con las cuales había estado hablando el día anterior. Escuché atentamente; todos los nombres citados pertenecían a tipos de ambos sexos relacionados con el mundillo del cine de alguna manera. De pronto, *Burton* citó uno que me llamó la atención.

—Esa *Ida Lane*, ¿dónde vive? —pregunté.

—En el 1715 de *La Brea* —contestó.

Reflexioné unos momentos. Tenía la sensación de haber oído el nombre antes de aquel momento. Pero no podía recordarlo, por más esfuerzos que hacía. Y sin embargo, me parecía que *Ida Lane* podía decirnos algo importante con relación al caso.

—¿Es o ha sido artista de cine? —pregunté.

—Creo que sí —respondió *Burton*.

—Está bien. Luego iré yo en persona a verla. *Burton*, usted se va a dedicar a ver si *Phil Wynter* dejó algún dinero y a rastrear su ascendencia desde el momento de nacer. Averigüe, también, si tiene una hermana, pero, sobre todo, entérese del dinero que poseía en el momento de morir y el banco en que estaba depositado.

—De acuerdo, jefe.

—Gwen, usted se ocupará, exclusivamente, del maldito tres mil trescientos cinco. No haga otra cosa, ¿comprende?

—Entendido.

Los dos hombres salieron. Encendí un cigarrillo y lancé un chorro de humo en dirección al techo. En aquellos momentos, Grundey y Tillie debían hallarse en el

Daisie's

, convenientemente vigilados por los hombres del teniente Wildon, quien también había establecido una derivación del teléfono del local, con el fin de poder localizar el número desde el cual iba a llamar el supuesto criminal. Era esta una tarea hartó enojosa, la cual competía al Departamento de Homicidios. Bastante había hecho yo con entregarles a la pareja de hampones.

Por descontado, no les había mencionado en absoluto el número que me había confiado Bancroft; este era un detalle que me reservaba exclusivamente para mí.

Momentos después entró *miss* Gibson en el despacho, con un puñado de cartas y documentos que requerían mi firma. La secretaria traía en las manos el último ejemplar de *Stars in the World*.

—¿Qué le parece? —dijo, enseñándome la portada de la revista—. Y luego decía Wynter que estaba acabada.

Naturalmente, el fotógrafo había hecho maravillas, pero aun así la belleza de Laura Albritton resultaba indiscutible.

—Parece que tenga menos de treinta años —comentó *miss* Gibson. Lanzó un melancólico suspiro y añadió—: Ya ve, somos casi de la misma edad y ella está hecha un pimpollo todavía.

—Sí, ya lo veo —convine distraídamente. Estaba muy ocupado, contemplando el hermoso rostro de la estrella. ¿A quién diablos me recordaba en aquel momento?

Dejé la revista a un lado. Era preciso atender al trabajo. Despaché la correspondencia, estudié los informes de otros asuntos que la agencia tenía encomendados, taché unas cosas, corregí algunos párrafos y al fin di por terminada la tarea.

—Voy a salir, *miss* Gibson. Llamaré más tarde para ver si Burton o Gwen han conseguido algún progreso.

—Muy bien.

Treinta minutos más tarde me hallaba frente al 1715 de La Brea.

Busqué un parquímetro, deposité una moneda en la ranura y entré en el edificio. En el casillero correspondiente pude darme cuenta de que Ida Lane residía en la quinta planta, apartamento F.

Entre en el ascensor, el cual me condujo al piso deseado. Salí de él y busqué la letra F. Un instante después llamaba al timbre.

Ida Lane me abrió casi medio minuto más tarde. Era evidente que mi llamada la había cogido desprevenida porque había tratado de arreglarse un poco para tener un aspecto medio presentable. No obstante, sus esfuerzos no habían dado el resultado apetecido.

Era una mujer cercana ya a la cuarentena, de pechos voluminosos y vastas caderas, con unas incipientes bolsas en los párpados, que no se debían tan solo a la edad. En tiempos había sido una belleza, pero ahora estaba ya muy próxima a la ruina física.

—¿Sí? —dijo con voz agria, poco acogedora.

—Me llamo Bascomb, Hubert Bascomb, *miss* Lane. Hace algunos años, usted trabajó en una película sensacional, titulada *Andrajos Sangrientos*. ¿Me equivoco? No era usted la protagonista, pero le robó el papel a la estrella principal.

No hay cosa que más ayude a entrar en materia que un poco de *grasa*, sea de la forma que sea. Los pintarrajeados labios de Ida Lane se distendieron en una amplia sonrisa.

—Sí, es cierto —contestó con voz enronquecida—. Se habló de que me iban a dar el Oscar para actores secundarios, pero alguien se interpuso y me quedé sin el premio. Por favor, señor Bascomb, pase usted, se lo ruego.

Entré en el piso, en el que había un tufillo inconfundible de tabaco, alcohol y afeites baratos. Un par de medias estaban tiradas, de cualquier forma, sobre una raída alfombra. Sobre un sillón vi un sostén de tamaño descomunal. Ida se apresuró a esconder ambas prendas bajo el cojín de un diván y luego se volvió hacia mí.

—Le prepararé un trago, señor Bascomb.

—Claro —dije.

Ida se alejó con gran ondulación de caderas. Tardó algo más de lo necesario en volver, pero fue porque había aprovechado la ocasión para arreglarse un poco y, de paso, enfundar sus mantecosos encantos en una faja de alta presión. Trajo dos vasos llenos y me entregó uno.

—Salud —dijo.

Correspondí de la misma forma. El primer trago me dejó casi sin aliento. Ida debía haber mezclado allí vodka, ginebra y Martini y no estaba seguro de que no hubiese añadido, también, unos gramos de vitriolo. Ella despachó la mitad de su vaso y se quedó tan campante.

—De modo que no le dieron el Oscar, ¿eh? —dije—. Pues sepa que lo considero una flagrante injusticia, *miss* Lane.

Los ojos de la artista centellearon de cólera.

—Si me lo hubieran dado, el siguiente papel estelar no habría sido para una perra que ahora está en la cima. Ella intrigó y manejó los hilos entre bastidores, para impedir la concesión del premio —volvió a beber y eructó sin el menor reparo—. Quizá se imagine usted a quién me refiero, señor Bascomb.

—Pues no, no tengo la menor idea —confesé—. Bien es verdad que tampoco estoy demasiado enterado de lo que sucede en esos ambientes.

—Fue Laura Albritton —dijo Ida rencorosamente—. Estaba perdiendo puntos y yo le comía el terreno. Por eso hizo que no me dieran el Oscar. Después... —Su tono era de amargura y odio al mismo tiempo.

—¡Caramba! Sí que me cuenta usted cosas interesantes. Le aseguro que no lo sabía —dije, fingiendo admiración.

Ida agarró mi vaso y despachó el resto. Su protuberante seno se agitó perceptiblemente.

—Si yo le contara —dijo con melancolía—. Siempre me odió, porque veía que yo le ganaba en todo: juventud, belleza, elegancia, inteligencia... Está mal que una hable así de sí misma, pero es la pura verdad, señor Bascomb —soltó una acre carcajada—. Ahí donde la ve usted, tiene, lo menos, cuarenta y tres años. Yo cuento treinta y siete. Parece que no, pero seis años son mucha diferencia para dos artistas... Sin embargo, ella sigue en el candelero y yo me tengo que contentar con algún papelito insignificante de cuando en cuando. Deme un cigarrillo, por favor.

Se lo di. Era evidente que Ida Lane se sentía en vena de confidencias y pensé que convenía estimular sus ganas de parloteo. Ida cruzó las piernas, sin importarle lo que enseñaba y lanzó una bocanada de humo.

—La última canallada que me jugó fue quitarme al hombre a

quién quería, a su actual marido.

Disimulé la sorpresa.

—Vaya. Parece ser que la Albritton no tiene una cualidad buena.

—Si yo le contara —repitió Ida—. Eddie se iba a casar conmigo, pero cuando vio que no me daban el Oscar, se apartó de mí. Es un vívidor, solo se preocupa de su tipo y de mantenerse en forma. Claro, tiene que conservarse fuerte; Laura es muy exigente, ¿sabe? Eddie se vendió; ella le pasa al menos trece años. En cuanto vio que yo no iba a progresar, Eddie me pasaportó, hizo a Laura cuatro carantoñas y se casó con ella. Naturalmente, tiene que contentarla y procurar que esté siempre satisfecha; de lo contrario, Laura le pegaría un puntapié en salva sea la parte y... Eddie no ha trabajado en su vida ni para recoger un cigarrillo del suelo. ¿De qué iba a vivir si ella le despidiese?

—Entiendo —murmuré—. Así que Eddie iba a casarse con usted.

—Ya teníamos todo listo... —Ida dio una cabezada de pronto y se incorporó vivamente, a la vez que soltaba una risita—. Si yo contara lo que sé... ¡Buena se iba a armar!

—Quizá —aventuré— conozca usted el nombre del que asesinó a Phil Wynter.

Ida me miró con ojos turbios.

—Phil Wynter —repitió—. Un hijo de perra. Voy a escribir al Congreso pidiendo que le den la medalla de honor al que le mató.

—A Eddie —sugerí.

—¿Eddie? ¡Ése se asusta cuando se corta afeitándose! No, perdería todas las ventajas que ha conseguido y... —Volvió a cabecear—. Es raro, tengo un sueño horrible. ¿Por qué será, Hubert?

Estaba borracha perdida. Tengo la seguridad de que ya había bebido antes de mi llegada y los *cocktails* que había servido habían rematado la obra. El alcohol tenía la culpa de sus estragos físicos, estaba claro. Dentro de dos años no se la podría mirar a la cara. ¡Y aún no había cumplido los cuarenta años!

—De modo que usted opina que no fue Eddie, Ida.

—No. Ése... qué va a... nadie... —De pronto se volcó sobre el diván y empezó a roncar.

La coloqué lo mejor que pude, contemplándola con lástima. No cabía la menor duda de que Laura Albritton le había jugado una

mala pasada, pero saltaba a la vista que Ida Lane había carecido de fuerza suficiente para rehacerse. Las consecuencias podían tocarse fácilmente.

Un momento después, cerraba la puerta y salía de aquel lugar. Cuando estuve en la calle, respiré, aliviado, a pleno pulmón. No había obtenido gran cosa de la entrevista con Ida, pero podía decir que tampoco había perdido el tiempo del todo. Por lo menos, me había enterado de algunos detalles interesantes, que podían serme muy útiles en un momento dado.

CAPÍTULO VIII

A la mañana siguiente, volvimos a reunirnos en el despacho. Burton manifestó que había conseguido averiguar que Wynter tenía una cuenta corriente de setenta y seis mil dólares en el *First National Bank*, pero que todavía no se había presentado ningún heredero para reclamar el dinero.

—Eso es todo una fortuna —dije—. ¿Cómo diablos la obtendría?

—Chantajeando a la gente; a mí no hay quien me lo quite de la cabeza.

—Sí, algo de eso debió ser —concordé—. ¿Gwen?

Éste abrió las manos.

—Nada, jefe —contestó, desalentado.

—No se desanime y siga. La agencia paga los gastos, incluidas las cervezas extras.

Gwen sonrió de mala gana. Miré al otro.

—Burton, usted va a enterarse, en el Registro de Últimas Voluntades, si Wynter hizo testamento, y en tal caso, a quién dejaba su fortuna. Cuando lo sepa, comuníquemelo.

—De acuerdo, jefe.

—Eso es todo.

Los dos agentes salieron. Reflexioné unos momentos.

Setenta y seis mil dólares. Una suma más que principesca, sobre todo si se consideraba quién era el propietario. Mejor dicho, quién había sido. No me cabía la menor duda de que Wynter disfrutaba de un sueldo excelente en la revista, aunque no tanto que le permitiese ahorrar una suma semejante en diez años. Forzosamente tenía que haberla obtenido por otros medios. ¿Chantaje?

Miss Gibson entró con la acostumbrada carpeta de correspondencia.

—¿Nada todavía, jefe?

—Nada —contesté desalentado. Empecé a firmar documentos,

pero mi mente estaba muy lejos de allí.

Los hombres de Wildon no habían conseguido nada práctico. El hombre que había pagado a Tillie y a Grundey no había llamado al *Daisie's*

. Quizá había olfateado el peligro o bien, si la primera vez había ido disfrazado, había podido repetirlo la segunda, pero con distinto disfraz. Para un hombre astuto, como debía ser sin duda, nada más fácil que apercibirse de que los dos hampones estaban vigilados y entonces largarse sin decir esta boca es mía. Un tipo listo, sí, señor.

De pronto se me ocurrió una idea.

—Miss Gibson, comuníqueme con Donovan, el editor de *Stars*.

—Al momento, jefe.

Mientras miss Gibson marcaba el número, reflexioné en el diálogo que había sostenido con el editor. Entonces me había quedado la impresión de que el hombrecillo sabía mucho más de lo que aparentaba. ¿Por qué no interrogarle nuevamente y hacer mención de los sesenta y seis mil dólares de Wynter?

La secretaria cubrió el micrófono con la mano.

—Dicen en el *Stars* que el señor Donovan no ha acudido a su oficina esta mañana. ¿Qué les digo, jefe?

—Nada —agitó la mano y miss Gibson colgó el aparato.

—¿Quiere que busque en la guía su teléfono particular?

Tomé una decisión rápida.

—Sí, pero no le llame. Deme solamente su dirección.

—De acuerdo.

Momentos después la secretaria me entregaba un papelito en el cual había anotado las señas del editor. Agarré el sombrero y me dispuse a salir.

—Actúe según costumbre —dije—. Hasta luego.

El coche me dejó, cuarenta minutos después, en el 2446 de Sepúlveda. Bajé a la acera y penetré en el edificio, encaminándome inmediatamente al piso donde residía el editor.

Al llegar a la puerta toqué el timbre. Esperé casi un minuto, sin que nadie contestase a la llamada, en vista de lo cual volví a insistir.

El repetido silencio me extrañó. ¿Por qué no había ido Donovan a la revista?

De pronto se me ocurrió agarrar el pomo de la puerta. Con gran

sorpresa mía, advertí que no estaba cerrada con llave.

Me puse rígido en el acto. Donovan no me había dado en ningún momento la sensación de ser un tipo descuidado, sino todo lo contrario, de los que permanecían alerta las veinticuatro horas del día. La puerta abierta de su piso no me pareció natural.

Empujé está ligeramente y asomé la cabeza. Un segundo después sentí correr un helado escalofrío a lo largo de mi espalda.

Matt Donovan yacía boca abajo, con la cara oculta por uno de sus brazos, en una actitud que indicaba claramente lo que le había sucedido. Me arrodillé a su lado y toqué nuevamente sus ropas, notando algo viscoso, aunque ya frío, en su costado izquierdo.



Donovan estaba muerto

Permanecí inmóvil durante unos segundos. No me cabía la menor duda de que el asesino había entrado en acción nuevamente. Sin embargo, me encontraba bastante desconcertado.

Por regla general, un asesino que comete varios crímenes usa siempre el mismo género de arma. Pero Wynter había muerto de un

disparo, en tanto que Bancroft y Donovan habían perecido a cuchilladas. Esto no parecía lógico ni congruente. Como fuera, era un enigma que por el momento no me hallaba en condiciones de resolver.

Al cabo de unos segundos me decidí a registrar cuidadosamente los bolsillos de Donovan. Encontré una agenda de notas, de la cual habían sido arrancadas algunas hojas. La forma irregular de la rotura del papel indicaba que el asesino había actuado con grandes prisas.

No obstante, todavía encontré en ella algunas anotaciones. Para no hurtar ninguna pista a la policía, me limité a copiar, en la mía, todo cuanto había escrito en la agenda de Donovan. Luego la volví a su sitio, procurando dejar el cadáver tal como lo había encontrado a mi llegada.

Empecé a ponerme en pie. De pronto vi que una cortina se agitaba a pocos pasos de distancia. Sentí un sudor frío. ¿Estaba oculto el asesino tras la cortina, aguardando solamente el momento más conveniente para asestar un golpe fatal y eliminar así a un posible testigo?

Terminé de incorporarme. Sentía unos vivísimos deseos de echar a correr, pero, al mismo tiempo, sabía que no podía hacerlo. Si el asesino estalla allí, sorprendido por mi llegada cuando aún no había tenido tiempo de escapar, creí que mi obligación era hacer cuanto pudiera por capturarlo, entregarlo a la policía y, de paso, asegurarme, así, la recompensa ofrecida por Rena Wynter.

De pronto con gesto inesperado, me lancé contra la cortina, envolviendo con ella a la persona que estaba oculta bajo la misma. Sonó un grito sofocado.

Alguien trató de debatirse y se agitó con fuerza, esforzándose por librarse de la presión de mis brazos. De pronto sentí un vivísimo dolor en la pierna, derecha.

Lancé un aullido de rabia. Había sido un golpe inicuo, propinado con la puntera de un zapato. Me separé dos pasos de la cortina, frotándome la canilla con la mano, y entonces Rena Wynter, sofocada y despeinada, apareció ante mis ojos.

—Pedazo de bruto —me apostrofó—. ¡Podía haber tenido un poco más de cuidado!

—Miren quién habla de cuidado —rezongué. El puntapié había

sido inolvidable—. Por poco si me destroza la pierna. Compadezco a su marido el día que se case.

—Deje en paz a mi marido, que no lo tengo —replicó ella áridamente—. Y ahora, dígame qué ha venido a buscar aquí.

—Oiga —contesté sulfurado—, ¿no cree que soy yo el que debe formular esa pregunta? A fin de cuentas, estoy investigando por cuenta suya, pero, por lo que puedo ver, usted también se dedica a realizar pesquisas por su lado. Ahora bien —añadí con tono incisivo—, como veo que está interfiriendo mi labor, y esto es algo que no me ha gustado jamás, lo que voy a hacer es retirarme a mi oficina inmediatamente, calcular los gastos y...

—¡No, por favor! —exclamó Rena vivamente, agarrándome el brazo—. No me deje, se lo suplico.

—Está bien —contesté, ceñudo—. Entonces, cuénteme qué ha venido a hacer aquí.

Rena bajó los ojos.

—Bueno —dijo, remoloneando—. Vine aquí porque... quería hablar con Donovan acerca de Phil. Deseaba que me contase todo lo que supiera de él, quizá de este modo... yo podría hallar algún detalle inédito que nos permitiese dar con una buena pista para descubrir al asesino.

—¿Estaba muerto cuando llegó usted? —pregunté, señalando hacia el cadáver.

—Sí. Me llevé un susto horrible, créame.

—¿Cuánto tiempo llevaba aquí cuando yo vine?

—Un par de minutos, no más. Al ver a Donovan muerto me quedé como aturdida, sin saber qué hacer. Casi antes de que hubiese reaccionado, llamó usted. Entonces... me escondí tras la cortina.

Moví la cabeza afirmativamente.

—¿Vio algo de particular?

—No, no tuve tiempo.

—Tendremos que registrar la casa antes de que llegue la policía. ¿Lleva usted un par de guantes en su bolso?

—Sí, por supuesto.

—Muy bien. Usted se encargará del registro. Yo no podría hacerlo, porque mis huellas están registradas en la Jefatura de Policía, ¿comprende?

—¿Estuvo preso alguna vez? —preguntó ella asombrada.

—No sea ingenua. Tuvieron que darme una licencia de detective, eso es todo. ¡Espere! —De repente acababa de recordar un detalle.

Rena me miró interesadísima.

—¿Sí? —dijo.

—¿Es usted la hermana de Phil Wynter?

La muchacha irguió el busto.

—Oiga, ¿qué se ha creído usted...?

—No se enfade todavía, aún es pronto para ello. Supongo que podrá probar documentalmente ese parentesco.

Rena se mordió los labios, lo cual me confirmó en mis sospechas, fundadas, sobre todo, en las frases de Donovan. Incluso la perspicaz e intuitiva *miss* Gibson había dudado del parentesco. Pero esto no me importaba tanto, ahora, como conocer sus reacciones cuando le participase cierta noticia.

—Sí, claro —dijo en tono vacilante.

—Muy bien. Entonces quizá le convenga saber que su hermano dejó una fortunita en el *First National Bank*. Setenta y seis mil dólares, nada menos.

Los ojos de Rena se abrieron desmesuradamente.

—¡Setenta y seis...! ¡Eso es imposible! Él no tuvo nunca tanto dinero, señor Bascomb.

—Dispongo de verdaderos sabuesos, *miss* Wynter —contesté—, y sus informes no dejan lugar a dudas. Esos setenta y seis mil dólares la están esperando a usted en el *First*, a condición, claro está, de que pruebe que tiene derecho a ellos.

Se mordió los labios nuevamente.

—Trataré de hacerlo —dijo, no muy convencida. Luego añadió—: ¿Registramos la casa?

—De acuerdo.

Empezamos a hurgar todos los rincones. El apartamento permanecía en el más completo orden. Si el asesino había buscado algo y no lo había hallado, resultaba patente que, en tal caso, lo había cogido de las ropas del muerto. Me pregunté qué era lo que había podido buscar con tanto interés.

Entramos en un pequeño despachito privado donde Donovan debía trabajar algunas veces. Siguiendo mis indicaciones, Rena

empezó a registrar todo cuidadosamente, en especial los cajones de la mesa. De pronto, algo cayó al suelo con gran estridor. Me agaché a recoger un manojo de llaves, que levanté en alto, examinándolas cuidadosamente.

Rena también las miró.

—Parecen las del coche —dijo—. Pero estaban sujetas con esparadrapo a la madera inferior de uno de los cajones. ¿Por qué las ocultaba de este modo, Phil?

—Esto parece un duplicado de todas las llaves que tenía él —manifesté—. Las del coche, las del piso; aquí veo estas que pueden ser las de alguna caja fuerte...

—¡Espere! —dijo Rena—. Aquí hay un cuadro, detrás de la mesa.

Hizo girar este y, en efecto, una caja de caudales apareció ante nuestra vista. Rena acercó la mano a la puerta y, enormemente sorprendida, exclamó:

—¡Está abierta!

—Termine de abrirla —dije impaciente. Lo hubiera hecho yo, pero por nada del mundo quería dejar impresas mis huellas sobre la lisa superficie del acero.

Rena obedeció. Entonces, los dos a una, nos quedamos paralizados por el asombro.

—No hay nada, Hubert —dijo ella, muy desanimada.

Me acerqué a la caja. En efecto, estaba completamente vacía.

Reflexioné durante unos momentos, mientras hacía saltar el manojo de llaves en la palma de la mano. Si la caja había contenido algo, no me cabía la menor duda de que el asesino había arramblado con todo. No había dejado ni el polvo siquiera. Cualquier cosa que Donovan hubiese podido tener guardada, y no debía ser dinero precisamente, sino documentos, con toda seguridad, muy importantes, ahora estaba en poder del asesino.

Fui a encender un cigarrillo, pero me contuve a tiempo; no debía dejar el menor rastro.

—Cierre con cuidado, por favor —dije—. Aquí ya no tenemos nada que hacer, Rena.

—De acuerdo, Hubert.

Volví a mirar las llaves. Donovan había encargado un duplicado de todas las que usaba, por supuesto. Ahora bien, ¿lo había hecho

solamente por precaución, para caso de extravío? Entonces, ¿por qué esconderlas de una forma tan singular?

De pronto reparé en que una de las llaves tenía grabados una serie de guarismos. Los miré, uno por uno, temblando de emoción.

—Rena —dije, ahogándome.

—¿Sí, Hubert?

Levanté la llave en alto.

—Mire... las cuatro cifras... Donovan se hizo hacer también... un duplicado de la llave de su caja de alquiler en el banco.

CAPÍTULO IX

Durante casi un minuto, miramos la llave como hipnotizados. No, no cabía la menor duda. Allí, nítidamente impresos, estaban los cuatro guarismos: 3305.

—Sí, pero ¿de qué banco? —preguntó ella repentinamente—. Porque la llave no da la menor indicación, Hubert.

Reflexioné detenidamente durante unos segundos.

—Bien —dije al cabo—, puesto que Phil tenía cuenta en el *First*, parece lógico suponer que Donovan tuviese también allí su caja de alquiler.

—Es posible —convino Rena—. Ahora, dígame; si tenía en casa una caja fuerte, ¿para qué alquilar otra en un banco?

La pregunta tenía su intrínquilis. Por el momento no supe hallar una respuesta convincente.

—Sea como sea —respondí al cabo—, lo que vamos a hacer es averiguar qué es lo que hay en la caja número tres mil trescientos cinco.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? Ninguno de los dos podemos ir al banco y pedir que nos dejen abrir la caja. Esta llave pertenecía a Donovan y solo él podía utilizarla.

Hice chasquear los dedos.

—Ya lo tengo —contesté—. Irá usted.

—¿Yo? —exclamó ella, muy sorprendida.

—Sí. Óigame; vamos a largarnos de aquí inmediatamente. Usted entrará en un comercio y comprará algo, un par de pendientes baratos, por ejemplo. Le envolverán la cajita, pero usted ha de pedir que no sea una envoltura demasiado vistosa. A continuación iremos al banco y yo me quedaré esperándola en el coche. Usted entra en él y solicita alquilar una caja fuerte... ¿Lleva su licencia de conducción y su tarjeta de Seguridad Social?

—Sí, claro.

—Con esos documentos bastará. Usted ya conoce la forma de actuar en los bancos. Un empleado la acompañará hasta la bóveda acorazada, una vez la hayan concedido el alquiler de la caja y entregado la llave correspondiente, y la dejará en manos del guardián que vigila los accesos del departamento de cajas de alquiler. El guardián se limita a comprobar que todo está en orden y la deja pasar, cerrando luego por fuera. Usted mete los pendientes en la caja que le hayan asignado y a continuación, muy rápidamente, busca la número 3305. La abre, saca lo que haya en ella, lo guarda en el bolsillo y cierra. El resto ya no puede resultarle muy difícil.

—Sí, parece un buen plan —concordó ella—. ¿Vamos?

—Andando.

Al pasar por delante del cadáver de Donovan, Rena se estremeció vivamente.

—Supongo que avisará a la policía —dijo en voz baja.

—Más tarde. Cuando hayamos sabido lo que hay en el banco —contesté con el mismo tono—. Ahora no conviene perder tiempo. Salgamos.

Consulté el reloj por décima vez. Me consumía la impaciencia. Rena no acababa de salir del banco. ¿Qué diablos estaba haciendo? Llevaba ya casi tres cuartos de hora en su interior. Demasiado tiempo para una gestión que, mirada serenamente, tenía muy poco trabajo y carecía en absoluto de dificultades.

De pronto la vi salir. Yo me hallaba en la acera opuesta y puse el motor en marcha. Rena se detuvo unos instantes para permitir el paso de unos cuantos automóviles y luego cruzó la calle nerviosamente, con paso muy rápido. Mientras caminaba hacia mí, pude darme cuenta de que estaba muy alterada y que su pecho subía y bajaba con notoria rapidez. Sus mejillas estaban encendidas y sus ojos brillaban de una manera muy extraña.

Abrí la portezuela y ella se sentó a mi lado, colocando el bolso sobre el regazo. Arranqué en el acto, no sin percatarme de que sus manos temblaban visiblemente.

—¿Y bien? —dije unos segundos más tarde.

—No había nada, Hubert —contestó ella roncamente.

Crispé mis manos sobre el aro del timón.

—¿Está segura?

—Positivamente. Oh, Hubert —añadió en tono plañidero—, el asesino se nos anticipó.

Guardé silencio durante unos minutos, mientras trataba de rumiar lo que ella acababa de decirme. Al cabo de un rato, dije:

—Olvídelo por ahora, Rena. ¿Dónde quiere que la deje?

—Lléveme a mi casa. Necesito descansar un poco y tranquilizarme. Estoy muy alterada.

—Lo comprendo —respondí.

Momentos más tarde me detenía en el 1884 de Canyon Boulevard. Rena y yo nos despedimos brevemente. Puesto que, por el momento, yo estaba tan desconcertado como ella, decidí regresar a mi oficina, a fin de procurar una cierta coordinación en mis ideas, notablemente alteradas después de los sucesos de aquella mañana.

Antes de regresar, me detuve en una cabina de teléfono público y llamé a la Brigada de Homicidios, aunque sin dar mi nombre, por supuesto. Colgué el aparato y volví al coche.

Miss Gibson me contempló extrañada.

—Vuelve hoy demasiado pronto, jefe.

—Sí —contesté evasivamente. Y sin decir nada más, entré en mi despacho.

Me senté en el sillón, encendí un cigarrillo y puse los pies sobre la mesa. Así, reflexionando detenidamente sobre cada uno de los puntos del endiablado enigma, que, día a día, adquiriría más dificultades para su resolución, dejé pasar casi una hora.

El zumbador del interfono sonó de pronto.

—¿Señor Bascomb?

—Diga, *miss Gibson*.

—Una señora desea verle. No ha querido decir su nombre, aunque sostiene que usted la conoce.

—Muy bien, hágala pasar.

Me senté en una postura más correcta y esperé. La puerta se abrió segundos después, y una mujer, severamente enlutada y con unas gruesas gafas negras, penetró en la estancia. Poseía un tipo escultural, lo cual me hizo pensar que era un absurdo enfundar aquella espléndida anatomía en unas ropas tan fúnebres, aunque no podía negarse que el vestido era de primerísima categoría. Llevaba un gran sombrero negro, de forma cónica, que ocultaba por completo su cabeza y su peinado. Había dicho que yo la conocía,

pero por más esfuerzos que hacía, no conseguía recordar.

Se sentó frente a mí. En silencio, con la mano señaló el interfono, obligándome a cerrarlo. Lo sentí por *miss* Gibson; se iba a perder lo que prometía ser una conversación interesantísima.

La mujer soltó de repente una alegre carcajada. Se quitó con gesto repentino el sombrero y las gafas y me miró con ojos luminosos.

—¿Es posible que no me hayas conocido, Hubert? —exclamó riendo—. Bien, veo que todavía continúo siendo una artista.

Contuve la respiración.

—De modo que eres tú, Laura Albritton —dije. Su caracterización era prodigiosa.

—La misma. ¿Qué quieres? Tengo que recurrir a disfraces como este cuando quiero salir sin ser reconocida.

—Lo cual significa —dije, empezando a comprender parcialmente sus propósitos—, que cuando has venido aquí de semejante manera es porque no quieres que nadie se entere de tu visita.

—Exactamente, Hubert —cruzó las piernas, dejando ver un fascinante panorama, y reclinó la espalda sobre el sillón, pero cuidando de hacer resaltar la todavía compacta prominencia del busto—. Dame un cigarrillo, ¿quieres?

—Por supuesto. Perdona, pero me has dejado tan aturdido, que aún no acierto a reaccionar.

Salí de detrás de mi parapeto y di la vuelta. Acerqué la llama de mi encendedor al cigarrillo que Laura había colocado entre sus labios, muy poco maquillados, por cierto, y luego encendí yo otro. A continuación me senté en un ángulo de la mesa.

—¿Quieres algo de beber? —ofrecí.

—Gracias. Ahora no tengo ganas. Bueno, Hubert —dijo, después de expulsar una bocanada de humo—, supongo que estarás preguntándote por los motivos de mi visita.

—Espero que me los digas tú, Laura. ¿De qué se trata?

El rostro de la actriz perdió, de pronto, su expresión de buen humor.

—Tengo que encomendarte un trabajo, Hubert. Te pagaré lo que me pidas; poseo una inmensa fortuna y no me importan unos miles de dólares, con tal de conseguir lo que deseo.

—Bien —contesté cautelosamente—, en estos momentos estoy sobrecargado de trabajo, pero, tratándose de ti, haré un esfuerzo —me eché a reír de pronto—. El otro día, cuando nos conocimos, me predijiste que pronto me lloverían los encargos, pero nunca supuse que fueses tú la primera en hacerme uno. ¿Tienes algún problema?

—Según se mire. —Laura procuraba dar a su voz una entonación natural, pero ya había desaparecido de ella su ficticia alegría y ahora se la notaba inquieta y nerviosa—. Deseo encomendarte la búsqueda de una persona.

—¿Buscar...? ¿Es que tú no sabes dónde está?

—Por supuesto, Hubert; en otro caso, no habría venido a verte.

—Es cierto. Conforme, dame todos los datos posibles.

—Se llama María Myers, nació en San Bernardino hace veintiún años y... Bien —agregó con sonrisa forzada—, ese es todo lo que puedo decirte, Hubert.

Aplasté el cigarrillo contra el cenicero.

—No es mucho, Laura. Una chica llamada María Myers, nacida en San Bernardino, en el año 1942... ¿Cómo se llamaban sus padres?

—Él, Frank. Ella, Adela.

—¿Y el padre?

—Murió.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Guadalcanal. El mismo año que nació ella.

—¿Y su madre?

Laura se mordió los labios.

—No lo sé.

—¿Abandonó a la niña?

—Sé que se encontraba en una difícilísima situación... y que se vio obligada a dejarla en una institución benéfica del condado de San Bernardino.

—¿Y ya no volvió nunca más a recoger a la niña?

—Sí —el pecho de Laura Albritton se agitó tumultuosamente—. Cuatro años después, cuando ya estaba en condiciones de poder mantenerla.

—¿Y se la llevó?

—No. La niña ya no estaba en el orfanato.

—¿Por qué?

—Alguien había llegado meses antes y se la había llevado.

—¡Cómo! —exclamé, sorprendido—. Si su padre había muerto...

—El hombre que se la llevó presentó la documentación legal para poder adoptarla. La dirección del orfanato se vio obligada a entregarle a María.

—¿Cuál es el nombre de ese sujeto?

—Adela Myers no pudo enterarse de ello. Fue informada de que había sido desposeída de todo derecho legal sobre su hija por conducta... conducta casquivana, digamos.

—Entiendo. ¿Y no has vuelto a saber nada más de María Myers ni del sujeto que la adoptó?

—No. Nunca. Todas mis pesquisas resultaron inútiles.

—¡Tus pesquisas...! ¿O las de Adela Myers? —pregunté intencionadamente.

—Adela Myers fue una gran amiga mía. Pese a lo liviano de su conducta, ella quiso siempre a su hija. Si la dejó en el orfanato, fue porque, desgraciadamente, no tenía un mal bote de leche que ofrecer a la niña. Por nuestra amistad, hice lo que hice, y quiero ahora que te esfuerces en encontrarla. Te pagaré lo que me pidas, sin regatear, Hubert.

Los ojos de Laura estaban húmedos.

—Trataré de hacer lo que pueda —dije—. Pero, según tú, ella tiene ahora veintiún años. Imagínate que se ha casado. Llevará el apellido de su esposo. Además, Estados Unidos es muy grande. Vete a saber si ahora vive en la costa oriental o en el norte...

—Haz lo que puedas, Hubert. —Abrió el bolso y sacó un fajo de billetes, que me entregó sin contar. Había al menos cinco mil—. No me importan los gastos, lo que quiero es hallar a la hija de Adela Myers.

—Muy bien —asentí reflexivamente—. Pondré todo mi empeño en ello. Sin embargo, no olvides que antes tengo otra cosa más importante entre manos.

—¿Descubrir al asesino de un hijo de perra llamado Wynter? —dijo ella rabiosamente.

—Según mis informes, tú y él erais buenos amigos.

—Solo en apariencia. Le odiaba, te lo aseguro.

—Pero no le mataste.

—Claro que no. Bastante me perjudicaba ya con sus artículos.

¿Iba a ser yo tan estúpida como para acabar de estropearme, pegándole un tiro? No, no lo hice, pero me gustaría colaborar en los gastos de defensa del que lo mató. Y no soy yo la única que piensa así, Hubert.

—Sí, ya he podido darme cuenta de que Wynter no era lo que se dice un santo varón. ¿Crees tú que se dedicaba al chantaje?

—¿Le hubiesen asesinado si no hubiese sido así? —respondió Laura.

—Eso significa que tú también fuiste objeto, en alguna ocasión, de sus llamémoslas «atenciones» —sugerí.

—Dejemos esto —cortó ella con aspereza—. Vine a hablarte de María Myers. Hazme saber el resultado de tus pesquisas en cuanto sepas algo.

—Descuida.

Ella se puso en pie. Empezó a disfrazarse.

—Me gustaría hacerte una pregunta antes de que te fueras, Laura —dije.

—¿Sí?

—¿Qué hubo, en el pasado, entre tú e Ida Lane?

La boca de Laura se contrajo repentinamente.

—Lo mejor que se puede decir de ella es que es una ebria habitual —contestó con metálico acento.

—Según Ida, tú le quitaste el novio.

Laura emitió una agria carcajada.

—Eddie se marchó de su lado porque no podía soportar la peste a alcohol que Ida despedía continuamente. Sí, era una excelente artista y hubiese podido llegar a más altura, si no hubiese sido por su inveterada afición a la bebida. Ahora se desquita llamándome zorra y otras lindezas, pero fue ella exclusivamente quien tuvo la culpa de lo que le pasó —hizo una corta pausa—. Ya sé que Eddie es mucho más joven que yo y no me hago demasiadas ilusiones del por qué se casó conmigo, pero de ahí a que yo se lo quitase a Ida, va un abismo. Créeme, Hubert.

—Muy bien, puesto que tú lo dices.

Ya en la puerta, me tendió su mano.

—Mañana, a las siete y media, es la fiesta. Te espero sin falta, Hubert —dijo.

—De acuerdo. ¡Ah! a propósito. He encontrado a una invitada.

No te importará que la lleve conmigo.

—Claro. Supongo que será joven y linda.

—Has dado en el blanco, Laura. Aunque no es tan hermosa como tú, por supuesto.

Ella suspiró melancólicamente.

—Es bastante con que sea más joven, Hubert. Adiós.

—Adiós, Laura.

CAPÍTULO X

Miss Gibson entró en el despacho cuando yo estaba encendiendo un cigarrillo.

—Debía ser muy reservado lo que quería decirle la dama enlutada, jefe.

—Se sorprendería usted si supiera quién es, *miss* Gibson.

Mi secretaria se echó a reír.

—La conocí enseguida, a pesar del disfraz. De algo había de servirme trabajar para una agencia de detectives, jefe.

—Vaya, eso sí que es nuevo para mí. ¿Cómo sabe que mi visitante era Laura Albritton?

—El perfume. Usa «Fuego Blanco n.º 7». Estoy harta de leer en las revistas que es su perfume favorito. Compré un día un frasco para ver qué tal era. No me gusta —concluyó, haciendo una mueca.

—Bien, me alegro de que el trabajar junto a mi haya estimulado sus aficiones deductivas, *miss* Gibson. Mientras tanto, vamos a continuar desarrollando esas facultades. Ahora mismo, usted, mientras yo salgo a la calle, se encargará de hacer una llamada al orfanato del condado de San Bernardino y preguntará por el nombre de la persona que en 1946 recogió, mediante documentos legales, a una niña de cuatro años, llamada María Myers, hija de Frank y de Adela.

—De modo que eso era lo que quería Laura Albritton.

—Sí, *miss* Gibson. Quizá le pongan inconvenientes en el orfanato, basándose en el secreto profesional o algo por el estilo, pero amenáceles, en tal caso, con pedir una investigación oficial. Diga que representa a la madre y que, aunque fuese desposeída de sus derechos legales, nadie le puede privar del indiscutible derecho de conocer el nombre del sujeto que adoptó a la niña y aún a visitarla en las fechas en que un juez competente pueda estipular. Claro que la niña tiene ahora veintiún años, pero, aun así, la madre

tiene pleno derecho a conocer su paradero.

—Conforme, María Myers, ha dicho, ¿no?

—Exactamente. Bien, voy a salir. Mañana por la mañana me dirá lo que haya conseguido averiguar. Adiós, *miss* Gibson.

Salí a la calle y tomé el coche. Poco después, me encontraba en la puerta del apartamento de Ida Lane.

Necesité un minuto largo para ver a la ocupante del piso. Ida apareció sucia, desgredada, a medio vestir, y con los ojos turbios por la bebida. Aquella mujer no tenía ya remedio.

Su rostro se animó al verme.

—Hola, Hubert —tartajeó—. Qué alegría volver a verte. Pasa, pasa, y tomaremos una copa juntos.

—No quiero beber, Ida —dije, cerrando la puerta a mis espaldas—. Y lo mejor que podrías hacer sería preparar dos tazas de café.

—¿Café? —dijo con la voz característica de los borrachos—. ¿Qué inmundicia es esa?

Me di cuenta de que, en el estado en que se hallaba, no obtendría nada. Así que la agarré por un brazo y la conduje al cuarto de baño, sentándola en la bañera a viva fuerza. Ida protestó y gritó, pero yo no me dejé conmover por sus gritos. Abrí todos los gritos, incluido el de la ducha, dando al agua el mínimo de temperatura y luego me dirigí hacia la puerta.

—Te espero antes de diez minutos en el salón. Ya prepararé yo el café.

—¡Maldito bastardo! —gritó, pero casi en el acto se le llenó la boca de agua y empezó a toser aparatosamente. Solté una carcajada mientras salía.

La cocina era una clara muestra de cómo no debe ser un ama de casa. Navegando entre un mar de cacharros sucios y platos con restos de comida, algunos de los cuales hedían enormemente conseguí encontrar lo necesario para preparar un café bien cargado. Cuando terminé, llevé todo al salón y me dispuse a esperar.

Ida salió poco después, notablemente mejorada, aunque no en el aspecto externo. El busto le colgaba laciamente y no sé qué era peor: si mirarla de aquella forma o cuando se pintaba el rostro. De ninguna de las dos maneras resultaba agradable contemplarla.

—Échame café —pidió con voz ronca.

Le serví una taza, cuyo contenido ingirió con notoria

repugnancia. Luego, a pesar de sus actos, la obligué a que se tomase otra. Esto pareció recomponerla casi del todo.

—¿Y bien? —Gruñó—. ¿Qué es lo que quieres ahora de mí?

—Laura Albritton ha estado a verme.

—La grandísima... ¿Qué te ha dicho?

—Me habló de una tal Adela Myers.

El rostro de Ida permaneció inmutable.

—No la he oído nombrar en los días de mi vida.

—Tengo entendido que, en otros tiempos, tú y Laura fuisteis buenas amigas. ¿Es posible que nunca le hayas oído mencionar ese nombre?

—No. Y si es eso todo lo que tenías que decirme... Oye, ¿puede saberse quién diablos eres tú?

—Un detective privado que investiga sobre la muerte de Phil Wynter. No te lo dije ayer, ¿verdad?

—De modo que eres un fisgón —dijo, con acento de rabia. Se puso en pie—. ¡Lárgate de aquí, cochino piojoso!

Alargué un brazo y tiré de su muñeca, obligándola a sentarse de nuevo a mi lado.

—Calma, muchacha. No tan deprisa. Tengo la sensación de que tú sabes muchas cosas de Phil Wynter y que no quieres contármelas. ¿Por qué no me hablas de su hermanita?

—¿Qué hermana? Phil no tuvo una hermana en los días de su vida. Lo raro es que haya tenido, también, padres.

—Pues la tiene y yo quiero que me cuentes todo lo que sepas del particular. Vamos, habla. ¿O prefieres que venga a verte el teniente Wildon, de la Brigada de Homicidios?

—Ya estuvo conmigo y le conté todo cuanto tenía que saber. ¡Lárgate, curioso! —vociferó ella rabiosamente.

—Un momento —dije—. De modo que Wynter no tuvo nunca una hermana.

—No.

—¿Cómo estás tan segura de ello? —pregunté.

Ida vaciló.

—Todo el mundo lo sabía.

—Ésa no es una respuesta concreta —alegué—. Tienes que darme una razón más convincente.

—Bueno, pues no tengo otra. ¿Qué demonios quieres que te

diga?

Me puse en pie.

—Está bien —dije tranquilamente—. Me voy. Pero quizá te convenga saber que Wynter dejó en el *First National Bank* una cuenta de setenta y seis mil dólares. Un bocado succulento, ¿no crees?

Los ojos de Ida brillaron codiciosamente.

—¿Has dicho setenta y seis mil dólares?

—Ni uno menos. Naturalmente, pasarán a poder de la hermana de Wynter cuando esta aparezca demostrando documentalmente su parentesco. Adiós, Ida.

Me dirigí hacia la puerca. De pronto, cuando ya tenía la mano en el pomo, ella me llamó.

—¡Aguarda un momento!

Volví lentamente la cabeza.

—¿Qué quieres ahora, Ida?

Se humedeció los labios con la lengua.

—¿Sabes si Phil hizo testamento?

—Lo ignoro. Precisamente tengo investigando a uno de los hombres de mi agencia.

Ida se frotó las manos nerviosamente.

—Si yo te dijera dónde está ahora María Myers, ¿qué me darías?

—En todo caso tendría que consultarlo antes con Laura Albritton. Es ella quien me paga.

—Creí que trabajabas para la... hermana de Phil Wynter.

—Tengo hombres suficientes para desempeñar los dos encargos al mismo tiempo.

Ida reflexionó unos instantes.

—Si me pagas cincuenta mil, te diré quién es María Myers.

Pegué un respingo.

—¡Cincuenta mil! ¡Estás loca, Ida!

—Ni un centavo menos. Laura puede pagar diez veces esa suma y quedarse tan tranquila. Ve a verla y dile que cuando me haya entregado los cincuenta mil, le diré quién es María Myers.

La miré fijamente durante unos segundos.

—¿Cómo puedes saber la verdadera identidad de María? —pregunté.

Ida apretó los labios.

—Eso es cuenta mía —respondió—. Tú procura sacarme los cincuenta mil y te señalaré a María Myers sin lugar a dudas.

—Muy bien —dije—. Se lo haré saber así a Laura. ¿No hay rebaja?

—Ya te lo he dicho: ni un centavo menos.

—Conforme. Procuraré conseguirte esa suma. ¡Ah! —dije de pronto, en tono completamente natural—, ¿conocías tú a Matt Donovan?

—Sí. Un tipo asqueroso. Nunca tenía las manos quietas.

—Ya no las mueve, Ida.

Sobrevino un denso silencio. Ida trataba de digerir mis palabras.

—¿Quieres decir que... —Tragó saliva un par de veces— que ha... muerto?

—Sí. Hoy.

—¿Cómo?

—Una puñalada en el costado izquierdo. Lo mismo que Bancroft. La cara de Ida estaba blanca como la nieve.

—Escribir para esa revista trae mala suerte —dijo roncamente.

—Eso es lo que estoy viendo. ¿No tienes tú alguna idea de quién ha podido ser el asesino?

Movió la cabeza negativamente.

—No, en absoluto.

—Está bien. Adiós.

—No te olvides de los cincuenta mil, Hubert.

—Se lo diré a Laura —y salí.

Respiré a pleno pulmón al llegar a la calle. Me felicité por la buena idea que había tenido de visitar a Ida. En primer lugar, ella conocía a María Myers. Y, en segundo, me había hecho sospechar un detalle, que solo necesitaba de posterior confirmación, para permitirme dar un paso gigantesco en mis investigaciones. Pero el día se estaba acabando ya y era preciso suspender el trabajo.

Tenía que cenar, así es que me dirigí, según costumbre, al *comedor* de mi amigo Fernández. Mientras lo hacía, leí un ejemplar del *Evening Standard*, en cuya primera plana se destacaban los detalles del asesinato de Donovan. El periodista comentaba la noticia, ampliándola con notas de su propia cosecha, entre las cuales no faltaba, naturalmente, la sugerencia de que el asesino era el mismo que había matado a Wynter y a Bancroft. El periodista

coincidía, también, con Ida Lane: escribir en aquella revista daba mal de ojo a quienes lo hacían. Sus tres hombres más importantes habían desaparecido en el transcurso de pocas semanas. A este paso, concluía el articulista, iban a morir hasta los correctores de pruebas de imprenta.

Al terminar de cenar, pedí el teléfono. Una de las camareras me trajo el aparato e inmediatamente marqué en el disco el número CA-2640.

—¿Miss Wynter? —pregunté, cuando oí que al otro lado levantaban el auricular.

—Sí, yo misma. ¿Hubert?

—Exactamente. ¿Cómo se encuentra?

—Casi repuesta. ¿Ha leído los periódicos?

—Desde luego. Pero eso ya era de esperar, Rena.

—Sí, claro. ¿Ha conseguido algo nuevo?

—Pues... no, a decir verdad. Solo la llamaba para preguntarle si quiere ser mi pareja mañana por la tarde.

—¿A dónde vamos a ir?

—Estoy invitado a una fiesta de aniversario, Rena. Me gustaría que viniese conmigo.

—¿Dónde?

—En «El Copito», el rancho que Laura Albritton tiene al lado del desierto.

—He oído hablar mucho de esa clase de fiestas, Hubert —manifestó Rena—. La verdad, no me agrada el ambiente.

—Me lo imagino. Pero creo que debiera hacer un esfuerzo y acompañarme.

—¿Por qué, Hubert?

—Bien, estamos investigando la muerte de su hermano, ¿no es así?

Rena vaciló un momento.

—¿Cree que obtendremos algo asistiendo a la fiesta, Hubert?

—No se lo diría si no estuviese plenamente convencido de ello, Rena.

—Está bien —suspiró la muchacha—. ¿A qué hora vendrá a buscarme?

—A las seis y media en punto de la tarde. La fiesta empieza una hora después.

—De acuerdo, Hubert.

—Póngase sus mejores trapitos, Rena. Quiero que esté más guapa que ninguna de las demás mujeres. ¿Quién sabe si no surgirá algún director o productor que la proponga un contrato fabuloso?

—Le diría que no, sencillamente —contestó ella con sequedad—. Hasta mañana, Hubert.

—Buenas noches, Rena.

Depositó el aparato sobre la horquilla y encendió un cigarrillo, mientras tomaba la última taza de café. Estuvo reflexionando durante unos momentos y luego abonó la cuenta. Acto seguido me dirigí a mi apartamento; era ya llegada la hora del descanso.

Cuando estuve frente a la puerta de mi casa, saqué las llaves. Entonces vi que tenía aún, además de las mías, las de Donovan. Moví la cabeza; habíamos encontrado el secreto del número 3305, pero no habíamos hallado nada. Lancé un suspiro y metí la llave del piso en la cerradura.

Abrí la puerta y me dispuse a franquear el umbral. En el mismo instante sentí un terrible frío en la espalda.

Había alguien dentro del piso, oculto detrás de la puerta. No se movía, pero había algo que lo delataba de modo inconfundible: su respiración.

Permanecí unos segundos inmóvil. De pronto, encendí el interruptor y salté hacia adelante, esquivando por milímetros una furiosa cuchillada.

CAPÍTULO XI

¡El asesino estaba frente a mí!

Tenía en la mano el arma homicida, un puñal, más bien una daga, de un pie de longitud, de hoja muy estrecha y afilada, capaz de penetrar en el cuerpo de un hombre como si hubiese sido de mantequilla. Pero no podía distinguir sus facciones porque, aparte de la sombra que arrojaba sobre su rostro el ala caída de su sombrero, llevaba unas grandes gafas oscuras y un frondoso bigote, también de color negro. Sus ropas eran muy corrientes y, para mayor precaución, se había puesto una bufanda de seda azul oscuro en torno al cuello.

El tipo no dijo nada. Me miró fijamente unos segundos, en tanto avanzaba hacia mí, dispuesto a rajarme el vientre de arriba abajo. Confieso que en aquellos momentos sentí verdadero pánico.

Retrocedí paso a paso, sin quitar la vista del rostro de mi oponente. Resultaba claro que mis pesquisas iban por buen camino, por demasiado buen camino, y ello no le convenía. Si yo vivía, él acabaría gaseado en San Quintín. Como puede comprenderse, era una perspectiva que no tenía nada de agradable... para él, por supuesto.

El asesino saltó sobre mí, moviendo el brazo armado con relampagueante velocidad. La punta del arma rasgó un trozo de mi chaqueta. Intenté golpearle en el antebrazo, pero él levantó el pie y me lo clavó en el vientre.

Retrocedí, con los ojos fuera de las órbitas, mientras sentía un lacerante dolor en la parte afectada. El criminal lanzó otro golpe. Esta vez sentí que la punta del arma alcanzaba la carne de mi brazo. Si no lo hubiese puesto por delante, me habría atravesado el corazón.

Pero este dolor era inferior al que sentía en el abdomen. El asesino volvió a la carga. Le arrojé una silla entre las piernas y

consiguió evitarla, saltando ágilmente a un lado. Mientras tanto, sentí que algo caliente me corría por el brazo izquierdo...

De nuevo el cuchillo buscó mi carne. Pude colocarme tras un pesado sillón, el mismo en que había estado atado, y la punta del puñal se clavó en el afelpado. Aproveché la ocasión y golpeé su muñeca con el filo de mi mano. El asesino soltó un aullido y retrocedió, sin dejar de agarrar el puñal, pese a todo.

Sudaba copiosamente. A cada segundo que transcurría me daba cuenta de que mi posición se hacía más y más crítica. De repente, el criminal empezó a manejar el cuchillo como si fuese un sable, dando golpes a diestro y siniestro, con la esperanza de alcanzarme con uno de ellos, debilitar mis defensas y rematarme luego.

Retrocedí hasta que la pared me salió al paso. Entonces, el hombre se lanzó a fondo.

En el momento en que el puñal iba a atravesarme el pecho, me dejé caer de rodillas. El arma se clavó, primero, en la pared, y luego se partió con un crujido musical. Sonó una espantosa blasfemia.

Levanté el puño derecho y lo clavé en el vientre de mi antagonista. Casi en el mismo instante, su rodilla me golpeó la mandíbula, ya que aún no había terminado de incorporarme.

Rodé por el suelo, aturdido, con los ojos llenos de lágrimas a causa del golpe. Desde la alfombra vi cómo se agachaba a recoger el puñal, y al ver que estaba roto junto a la empuñadura, rezongó algo ininteligible entre dientes y se guardó el fragmento del arma en el bolsillo.

Me puse en pie, tambaleándome como un beodo. Aun así, tuve la suficiente presencia de ánimo para agarrar una silla con ánimo de estrellársela en la cabeza. Entonces él, sorprendentemente, giró sobre sus talones y huyó.

Hubiera deseado perseguirlo, pero no tenía fuerzas. Lo único que podía hacer era avisar a la policía. Fui hasta el teléfono, pero el sujeto era listo y no había descuidado ningún detalle: los hilos estaban cortados. Encolerizado, arrojé el aparato a un rincón.

El brazo volvió a dolerme. Levanté la mano; los dedos tenían un inequívoco color rojo. Fui al cuarto de baño y me quité la chaqueta y la camisa.

Examiné la herida; era un rasguño hondo, aunque no peligroso, afortunadamente. Pero la sangre que brotaba le confería un aspecto

alarmante. Corté la hemorragia y luego coloqué una venda en torno al miembro, atándola con los dientes y la mano libre.

Al terminar, salí al vestíbulo y me serví un buen trago. Verdaderamente, lo estaba necesitando después del susto que me había propinado el asesino. De no haber sido por su respiración, me habría pasaportado sin que yo hubiese tenido tiempo de enterarme de nada.

Y lo bueno de todo era que ya conocía su identidad.

Muchas veces, el enigma no consiste en descubrir al asesino, sino sus motivos. Yo sabía quién era, pero aún ignoraba las causas por las cuales había cometido tres muertes en tan poco espacio de tiempo. Pero ¿de qué me servía acusarle si carecía de pruebas convincentes en qué basar mis imputaciones?

Me puse un pijama y me tendí en la cama, con un vaso mediado de licor al alcance de la mano y una cajetilla de tabaco. Empecé a pensar en el medio mejor de poner una trampa al criminal, un lazo en el que él mismo metiera el cuello, sin que luego pudiera sacarlo. Era la única forma de conseguir algo positivo; de lo contrario, dadas las precauciones que había tomado para cometer sus crímenes, resultaría imposible probar concluyentemente su culpabilidad.

Esbocé varios planes, desechándolos sucesivamente. De pronto, sin saber cómo, me quedé dormido.

Miss Gibson bromeó conmigo acerca de mi tardanza.

—Burton y Gwen esperan desde hace ya más de una hora —dijo.

—Es que anoche me emborraché —respondí.

—¿Eh? —El puritanismo de *miss Gibson* salió inmediatamente a la superficie.

—¡Se emborrachó! —dijo severamente.

—Tuve una pesadilla. Soñé que me atacaba el asesino y que quería acuchillarme. La pesadilla fue tan real que tengo un profundo rasguño en el brazo izquierdo.

—Está de buen humor —exclamó *miss Gibson* secamente.

—Por el contrario, es pésimo. Lo del asesino, es la pura verdad. Si no ando listo, me rebana el camino de los huevos y del jamón. ¿Quiere que le enseñe la herida del brazo?

Los ojos de la secretaria se dilataron por el horror.

—¡Qué espanto! ¿Y no pudo verle la cara?

—Iba demasiado bien disfrazado —dije—. Pero, de todas formas, ya sé quién es.

—¡No! —exclamó *miss* Gibson vivamente.

—Sí. Pero vamos a ver qué es lo que tienen que decirme Burton y Gwen.

—Creo que traen noticias interesantes, aunque no tanto como las tuyas, jefe. Están en su despacho aguardándole.

Entramos en la oficina.

—Hola, muchachos —saludé—. ¿Qué hay de nuevo?

—No he podido dar con nada que tenga relación con el tres mil trescientos cinco —informó Gwen pesadamente.

—Yo, sí, pero cuando llegamos allí, el pájaro había arramblado con lo que había en su interior —manifesté—. Era una caja de alquiler en el *First National Bank*.

—¿Y cómo sabe usted que el asesino había estado antes? —preguntó la secretaria.

—Porque la caja estaba vacía. *Miss* Wynter me lo dijo.

—También pudo ocurrir que la caja no contuviese nada. Ni siquiera cuando fue el asesino a ver lo que había en su interior.

Me quedé mirando a la secretaria con ojos de tonto.

—¡Vaya! —dije—. ¡Pues es verdad! Ni siquiera se me había ocurrido a mí que... Pero, si no es la caja de alquiler de un banco, ¿qué otra cosa puede ser?

Miss Gibson reflexionó durante unos momentos. Al fin, dijo:

—¿No se le ha ocurrido pensar en que también hay otros sitios en donde, por unos centavos, se alquilan cajas para guardar cosas? La estación del *Central Pacific*, el aeropuerto, la estación de autobuses...

Miré a mis dos hombres. Gwen chasqueó los dedos.

—¡Estúpido de mí! —dijo—. Podía haberlo pensado mucho antes.

—Lo mismo nos ha pasado a todos. Sin embargo —observé reflexivamente—, caso de tratarse de una caja de las que se emplean en las estaciones, es preciso darse cuenta de que tiene un número muy alto. El aeropuerto no tiene tres mil cajas; a fin de cuentas, es un lugar de tránsito.

—Y la estación de ferrocarril dispone de consigna para los equipajes demasiado voluminosos —apuntó Burton.

—Queda, por lo tanto, la estación de los autobuses. Ésta es, *miss* Gibson. Allí hay siempre un tráfico enorme y las gentes van y vienen constantemente. ¿Qué mejor lugar para pasar inadvertido y esconder cualquier cosa, sin levantar la menor sospecha?

—Yo tengo allí un amigo —manifestó Gwen—. Le daremos unos dólares y nos facilitará una llave maestra.

—Estupendo —dijo, poniéndome en pie—. Ah, Burton ¿qué es lo que ha averiguado usted?

—Wynter hizo testamento, efectivamente —informó el agente—. En él dejaba dispuesto que todos sus bienes, de cualquier clase, fuesen a parar, en el momento de su muerte, a una tal María Myers. Declaraba también que tenía una hermana, Dolores Wynter, pero, sin especificar los motivos, decía que la excluía terminantemente del testamento. Únicamente, a efectos de evitar cualquier posible impugnación, la dejaba un dólar como herencia.

—De modo que Wynter dejó una hermana y se llama Dolores —dije pensativamente—. Las piezas empiezan ya a colocarse en su sitio. ¡Vamos, no perdamos tiempo!

—Me gustaría ir con ustedes —dijo *miss* Gibson con voz plañidera—. Están corriendo la aventura más emocionante de su vida y yo, aquí, pudriéndome, en una infecta selva burocrática...

—Por la forma en que ha actuado en los últimos días —le dije—, más bien parece ser el cerebro de la agencia, de modo que no se queje. Siga pensando y progresaremos todos.

—Pero usted conoce el nombre del asesino... ¿Por qué no satisface mi femenina curiosidad? —rogó.

—Muy bien. —Acerqué mis labios a su oreja y le dije el nombre en voz baja.

—¡No! —exclamó, poniendo los labios en círculo, con los ojos muy abiertos.

—Sí —contesté, remedándola.

—Debieran llevarse una radio portátil y transmitirme el desarrollo de la acción —sugirió la secretaria.

—Solo nos faltaría eso —rezongó—. Vamos, chicos.

Descendimos rápidamente a la calle y subimos a mi coche. Manejé a toda la velocidad posible, hasta llegar a las inmediaciones de la estación de autobuses. Busqué un parquímetro, deposité una moneda en la ranura y penetramos en el inmenso edificio.

Los altoparlantes gangueaban anunciando partidas y llegadas de autobuses constantemente. Dejamos atrás el enorme vestíbulo, con los despachos de billetes, información, cabinas telefónicas, puesto de primeros socorros y la gran cafetería, y entramos en otro colosal recinto, con grandes puertas a los andenes y otros servicios de la estación. Había allí numerosas hileras, semejantes a colosales ladrillos situados en posición vertical por su parte alargada, cada uno de los cuales contenía varios centenares de cajas metálicas, provistas cada una de su correspondiente cerradura.

—Voy a buscar a mi amigo —dijo Gwen.

Burton y yo empezamos a buscar el número tres mil trescientos cinco. Después de unos cuantos tanteos, conseguimos hallar una calle que empezaba, por la izquierda, en el número tres mil y llegaba al doscientos; y por la derecha empezaba en el tres doscientos uno al cuatrocientos. Cuando nos disponíamos a localizar el trescientos cinco, vi venir, a lo lejos, a una mujer.

Agarré el brazo de Burton y tiré de él hacia atrás.

—Cuidado. Escóndase.

Retrocedimos a la carrera, situándonos tras la esquina del bloque. Asomé apenas la cabeza. Ida Lane caminaba muy aprisa, mirando con frecuencia hacia atrás para ver si era seguida. Sus gestos denotaban claramente la aprensión que la poseía.

Gwen apareció por el lado opuesto, acompañando a su amigo el empleado. Moví la mano rápidamente, haciéndole señas de que se escondiesen. Mi agente compendió en el acto y buscó refugio tras uno de los bloques de cajas de depósito. Ida Lane empezó a buscar entre las cajas, mirando atentamente los números, hasta detenerse, finalmente, ante la que ostentaba el 3305.

Entonces abrió el bolso, sacó del mismo una llave y la insertó en la cerradura. Cuando ya se disponía a abrir, sintió que una mano se agarraba a su muñeca. La mano era la mía, naturalmente.

Estuvo a punto de lanzar un agudo grito, pero se contuvo y emitió solamente un gemido apagado.

—Usted —dijo, enormemente sobresaltada.

—Sí, yo —contesté. Mis dos hombres se habían situado a prudente distancia, cortándole la retirada, caso de que pretendiese escapar impensadamente—. Pero veo que me tratas ceremoniosamente. ¿Es que ya has perdido la confianza en mí?

Ida trató de sonreír.

—¡Qué tonterías dices! Nada de eso, Hubert. Es que... me sorprendiste, eso es todo. Vine aquí para recoger unas... unas cosas que tenía guardadas...

—Depositadas por tu hermano, Dolores Wynter —dije en tono glacial.

El color huyó, totalmente, de la cara de la artista. Sus labios temblaron perceptiblemente.

—¿Mi... mi hermano...? Yo no tengo ningún hermano.

La aparté a un lado, quitándola de frente a la puerta de la caja de depósito.

—Estoy seguro de que si investigamos tus antecedentes, saldrá a la superficie tu verdadero nombre, Dolores —dijo—. Pero eso no me importa ahora tanto, como lo que pueda haber dentro de la caja.

—¡Es mío! —exclamó ella con ojos llameantes.

—No —contesté—. Son pruebas que pueden contribuir al esclarecimiento de un crimen y pertenecen a la Ley. Voy a tomarlas, Dolores Wynter, y no trates de oponerte a ello, porque en tal caso, es muy posible que fueras acusada de complicidad en unos asesinatos, aparte del delito de chantaje.

—Pero... —dijo, sintiéndose derrotada.

—Dolores, tu hermano no parecía guardarte mucho cariño y solo te dejó un dólar en su herencia —manifesté—. Entonces tu pensaste en utilizar esos documentos que Phil guardaba aquí para obtener dinero de las personas que se mencionan en los mismos, ¿no es cierto?

Apretó los labios.

—Estás pensando de mi cosas que no tienen razón de ser, Hubert —dijo...

—No es lo malo lo que yo pueda pensar, sino lo que piense la policía, Dolores. ¿Por qué querías hacer eso? Laura te dará los cincuenta mil dólares, estoy seguro de ello. ¿Tienes ganas de acabar con un cuchillo entre las costillas, como Bancroft y Donovan?

Estaba terriblemente pálida.

—No lo creo —dijo con voz insegura.

—Escucha un buen consejo —dije, al mismo tiempo que sacaba un puñado de billetes del bolsillo—. Escóndete durante unos días, porque tu vida peligra. El hombre que ha cometido ya tres

asesinatos, no se detendrá ante uno más o menos. Ahora te está utilizando, pero en cuanto haya conseguido de ti lo que desea, te dejará a un lado sin el menor escrúpulo... eso si no te degüella para quitarse un estorbo de en medio definitivamente. —Le metí el dinero en el bolso—. Haz lo que te digo y llámame a mi despacho dentro de unos cuantos días. Entonces te informaré dónde puedes recoger cincuenta mil dólares sin el menor riesgo, con absoluta tranquilidad.

La papada de su garganta tembló.

—¿Me... me lo aseguras, Hubert?

—Cuenta con ello, Dolores. Ah, quiero que me digas una cosa. ¿De dónde sacaste esa llave?

—Fue cuando... cuando estuve a ver a Phil. Quería pedirle algo de dinero... llevaba ya algún tiempo sin trabajar... y no tenía un centavo. Entonces... me lo encontré muerto. Puedes creerme que me llevé un enorme susto, Hubert.

—Desde luego. Sigue.

—Ya no podía hacer nada por él, de modo que registré la casa cuidadosamente y encontré unos cientos de dólares. También encontré la llave y un billete de la «Greyhound». Esto me dijo que Phil debía guardar aquí algo muy interesante. Vine a comprobarlo, pero lo dejé; quería que pasara una temporada a fin de que se «enfriase» todo. Luego, ayer, cuando viniste a verme...

—Entiendo, no sigas. Haz lo que te he dicho; es lo mejor para todos, en especial para mí. Pero, dime, ¿por qué sentía Phil tanta antipatía hacia ti?

Los ojos de la artista se oscurecieron repentinamente.

—Trató de apartarme de la bebida y no lo consiguió.

—¿Y no has hecho tú nunca, por tu parte, ningún esfuerzo para dejar de beber?

Dolores Wynter se encogió de hombros.

—¿Y qué diablos quieres que haga con la vida que llevo? Esa zorra de Laura Albritton me destrozó. Ya no he sido la misma nunca más...

—Si tuvieses un poco de fuerza de voluntad, conseguirías rehacerte, Dolores. Pero eso es cuenta tuya; lo que no consigas por ti misma, no lo conseguirá nadie. Anda, vete y no olvides mis consejos.

Los hombros de Dolores se hundieron repentinamente. Sin pronunciar una sola palabra, giró sobre sus talones y se marchó.

Entonces, metí la mano dentro de la caja y extraje una cartera portafolios muy abultada, repleta, al parecer, de papeles. Cerré la caja y luego abandoné la estación en compañía de mis agentes.

CAPÍTULO XII

Esperé unos pocos segundos antes de que Rena abriese la puerta. La muchacha no se hizo demasiado de rogar.

—Hola, Hubert —saludó con encantadora sonrisa.

Le entregué una orquídea, dentro de una caja transparente, que había adquirido por el camino.

—Creo que esto le sentará bien en el vestido —dije.

—Gracias, Hubert. Es usted muy amable. —Con sonrisa maliciosa, añadió—: Supongo que habrá cargado su importe en la cuenta de gastos.

—Nada de eso —respondí—. También, de vez en cuando, suelo regalar alguna flor a una chica bonita.

—¿Lo has hecho muchas veces? —preguntó intencionadamente.

—Siempre que la ocasión lo merecía... aunque ninguna tanto como la presente.

—¡Adulador! —rio ella—. Tendrá que dispensarme un minuto, Hubert, estaba terminando de vestirme. ¿Quiere tomar algo, mientras tanto? Ahí tiene el licorero —me señaló un mueble—. Sírvese a su gusto.

—Gracias.

Rena se metió en las habitaciones interiores. Me acerqué al mueble y destapé un frasco de vidrio tallado, olisqueando su contenido. Parecía jerez y no del malo, precisamente. En vista de ello, me serví una copa, con cuyo contenido me entretuve hasta que regresó ella.

Al verla, me quedé sin respiración. Rena vestía un traje azul pálido, muy ceñido a sus curvas prietas y compactas, sostenido por dos delgadas tiritas de la misma tela. El vestido era corto, de modo que cubría justamente las rodillas. En la mano llevaba un diminuto bolso de metal dorado, el cual, junto con un collar de perlas y un reloj de oro, constituía el resto de su adorno. El pelo, brillante como

un casco de bronce pulido, estaba cuidadosamente peinado. Un ligero toque de color en los ojos y labios, completaba su maquillaje. Por poco dejó caer la copa al suelo.

—¿Qué le sucede? ¿Ha perdido el habla?

—¿El habla? ¡He perdido la respiración, Rena! ¡Está usted encantadora! ¿No se lo han dicho nunca?

—En ese tono, no, Hubert —contestó, sonriendo. De pronto me volvió la espalda—. Ciérreme el vestido, ¿quiere?

—Por supuesto.

Me acerqué a ella y tomé con dos dedos el extremo del cierre relámpago. Aspiré la suave fragancia que emanaba su cuerpo, limpio y joven, y durante unos breves segundos me sentí transportado a regiones muy alejadas de este mundo.

—¿Hubert? —inquirió ella de repente.

—¡Ah! ¡Oh, sí, dispénsame, Rena! —subí el cierre—. Ya está.

—Gracias. —Ella sacó la orquídea y se la prendió en el vestido, sobre el seno izquierdo. Luego se alisó la falda por las caderas, con gesto maquinal y sonrió—. Lista, Hubert.

Le ofrecí mi brazo.

—Pues andando. Le aseguro que va a ser una fiesta memorable, Rena.

—¿Usted cree? —Una chispa de aprensión brilló en sus ojos durante un segundo.

—No hay la menor duda. Ya lo verá cuando estemos allí.

Salimos a la calle y subimos al coche. Partí de inmediato, guiando con cuidado entre el denso tránsito de la ciudad, hasta alcanzar la carretera de Mojave, en la que pude alcanzar las cincuenta millas horarias.

Pasó un buen rato antes de que ninguno de los dos despegásemos los labios. De pronto, Rena preguntó:

—Hubert, ¿ha conseguido algo de particular?

Hice un gesto ambiguo.

—¡Psé! —contesté.

—Ésa no es respuesta —murmuró la muchacha—. Dígame qué ha conseguido averiguar, se lo suplico.

—¿Por qué no tiene un poco de paciencia y espera a que haya concluido la fiesta? Recuerde que vamos a divertirnos, Rena.

—En estas fiestas, siempre hay una chica que acaba en la

piscina, con el vestido y todo —dijo ella en tono resentido.

—Sé de otras en que son arrojadas sin vestido siquiera —contesté, imperturbable.

—¿Lo dice por propia experiencia? —preguntó Rena rápidamente.

—¿Y si así fuera? —repliqué.

Rena se recostó en el asiento y cruzó los brazos.

—Me defraudaría usted, Hubert —dijo llanamente.

Eso me gustó, aunque procuré no demostrárselo.

—Estuve una vez en una fiesta semejante y no fue una, sino varias, las chicas que terminaron en la piscina de esta manera. Pero no asistí como invitado, sino porque lo exigía mi trabajo. Aunque usted dude de mí, hay cosas que no me gustan. Sin embargo, debe comprender que en mi profesión no siempre se puede elegir el trabajo. Ya ve, me hubiera gustado rechazar su encargo, y no lo luce.

—Desde luego. Pero lleva una semana en ello y aún no ha conseguido nada.

—¿Está segura? —inquirí, con leve sonrisa.

Su rostro se animó repentinamente.

—Usted sabe mucho más de lo que pretende, Hubert. ¿Por qué no me lo cuenta todo?

—Es pronto, Rena.

—Olvida que está a mi servicio, Hubert —contestó ella, picada.

—Lo sé. Pero usted me pidió que descubriera al asesino de... de su hermano. Esto implica una cierta libertad de acción, de la cual he de aprovecharme hasta el momento oportuno. Tengo mis métodos propios, Rena. ¿Comprende?

Lanzó un profundo suspiro.

—Sí, claro.

Callamos. Después de San Fernando, viré a la derecha, tomando por segunda vez, en pocos días, la carretera de Mojave. Atravesamos los campos cubiertos de frutales y empezamos a subir las primeras rampas que conducían a las montañas que bordean el desierto por su parte occidental. Quince minutos más y nos hallaríamos ya en «El Copito».

Atravesamos una angosta barrancada, de paredes áridas y estériles. Luego, el espacio se amplió y los muros se ensacharon.

Ya se empezaban a divisar a lo lejos los primeros trozos llanos del desierto. De pronto, algo centelleó a mi izquierda, sobre la cima de un cerro pelado, de color blancuzco. Una súbita sospecha hirió mi mente.

—No haga ningún movimiento extraño, Rena. Nos están vigilando con prismáticos.

La muchacha se asustó.

—¡Hubert!

—Quieta —ordené perentoriamente, mientras escrutaba el terreno a derecha e izquierda. De pronto divisé un accidente en la ladera y pisé a fondo el acelerador durante un segundo, para clavar el freno en el segundo siguiente.

Un cristal de la parte posterior estalló repentinamente. Pero ya nos habíamos puesto fuera de visión del sujeto que estaba en la cumbre del cerro. El eco del estampido nos llegó un instante después.

—¡Salga, Rena! —grité, abriendo la portezuela del coche. Una enorme vaharada de calor, procedente del suelo recalentado durante el día, nos asaltó inmediatamente.

—¡Hubert! ¿Qué es lo que pasa?

Agarré su mano y tiré de ella.

—No haga preguntas —dije, mientras corría en busca de la grieta que había divisado antes—. Acaban de tirarnos con un rifle, seguramente provisto de mira telescópica. ¿No se imagina quién ha podido ser?

—¡Dios mío! Pero, eso...

Alcanzamos la grieta, que no era otra cosa que una estrecha hendedura causada por la erosión de los siglos en la base de roca arenisca del cerro. La grieta tendría unos veinte metros de altura por uno y medio de anchura escasamente, y era bastante profunda. Miré hacia arriba, divisando una especie de plataforma, situada a un par de metros del suelo. El sol incidía justamente en la grieta, llegando hasta su fondo por la parte inferior.

Sin pronunciar una sola palabra, agarré a Rena por la cintura y la levanté a pulso. Ella comprendió en el acto y se asió con ambas manos al borde de la plataforma. Joven y fuerte, no tardó en llegar a la parte superior.

A continuación, subí a pulso, ayudado por la muchacha. La

plataforma tenía forma curvada, como una hoz, y se escondía parcialmente dentro de la grieta, de modo que una vez alcanzado el fondo, no podía verse ya la carretera.

Acerqué mis labios a su oído.

—No haga ruido —recomendé—. Si el asesino oye algo, nos matará sin piedad.

Ella asintió en silencio. El temor se reflejaba en sus hermosos ojos y su pecho palpitaba con violencia. Muy juntos los dos, esperamos calladamente durante unos minutos.

De pronto, el crujido de unos pies, que pisaban la arena del camino, llegó hasta nuestros oídos. El asesino nos buscaba.

Sentí que el sudor me corría a caño libre por la espalda. Los pasos eran lentos, pausados; resultaba evidente que, fallado su primer disparo por mi inesperada acción, el asesino buscaba terminar su obra por todos los medios. De no haber sido por el reflejo del sol sobre el cristal de sus prismáticos, habría terminado conmigo al primer disparo. Y luego, con Rena, naturalmente.

Los pasos se detuvieron un momento. Luego, la arena crujió de nuevo. De repente, sentí que las uñas de Rena se crispaban sobre el dorso de mi mano.

Una sombra alargada apareció, de pronto, en la entrada de la grieta. La sombra tenía un apéndice inconfundible: el largo cañón de un potente rifle de caza mayor.

El asesino permaneció en la entrada de la grieta durante unos interminables segundos, que a nosotros nos parecieron años. Maldije mi imprevisión al no haberme llevado un arma. Pero aun cuando hubiese conseguido detener al asesino en aquel momento, no habría conseguido nada; se hubiera defendido alegando que había salido a cazar. Cosa rara en el desierto, pero no ilógica.

Por fin, este giró sobre sus talones y se alejó. No obstante, continuamos aún allí un buen rato, pese a haber oído el ruido del motor de un coche. Cuando el sol empezó a cambiar a rojo, salté al suelo y ayudé a Rena a hacer lo propio.

Los dos nos miramos, como si no creyéramos que acabábamos de salvarnos de un terrible peligro. Rena estaba muy pálida y en cuanto a mí, creo que no ofrecía mejor color.

—¿Por qué lo quiso hacer, Hubert? —preguntó ella.

—Su seguridad está amenazada —dije.

—¿Y usted lo conoce?

—Sí.

—¿Por qué no lo ha denunciado a la policía?

—Lo haré en el momento en que posea las pruebas irrefutables de que es el asesino. Saber que lo es, no basta, querida; es preciso, además, demostrarlo concluyentemente.

—Pero usted conoce su identidad.

—Sí. Es cierto.

—¿No quiere decirme quién es?

Tomé su brazo y me la llevé hasta el coche.

—Lo sabrá en el momento oportuno, Rena. Ahora vamos a darnos prisa.

Al llegar al coche, divisamos el agujero que el proyectil había abierto en el cristal posterior izquierdo, saliendo por el situado tras el asiento de zaga. La trayectoria seguía un ángulo de 45 grados con respecto al eje longitudinal del carruaje, y el orificio de entrada estaba mucho más alto que el de salida, como consecuencia de la posición del tirador. Observando estos detalles, llegué a la conclusión de que el asesino había tirado contra el puesto del conductor, después de haberme identificado con los prismáticos. Solo gracias a mi inesperada arrancada había fallado el tiro por una centésima de segundo. Pero, de haberme alcanzado, me habría atravesado el cráneo sin remisión.

Esto no me gustó en absoluto. Indicaba que el asesino estaba dispuesto a continuar su carrera de crímenes.

CAPÍTULO XIII

Diez minutos más tarde, detenía el coche junto a la entrada de «El Copito». Esta vez, la puerta no estaba cerrada, sino abierta de par en par, y a través de ella se divisaba la brillante iluminación de la casa, especialmente en la parte destinada a la piscina, de donde llegaba el fuerte rumor de un continuo bullicio compuesto de música, risas y alegres conversaciones.

Todavía había algo de luz en el ambiente. Había más coches parados en el exterior, de modo que decidí dejar el mío junto a la tapia, detrás de otro que me hizo cavilar apenas lo vi.

Salte al suelo, olvidado momentáneamente de Rena. Me acerqué al coche y pasé un dedo por su carrocería, retirándolo manchado de polvo. El trazo quedó nítidamente marcado en el metal.

Di la vuelta al coche, atentamente contemplado por Rena y puse la mano sobre el capot, notándolo aún ligeramente caliente. Miré a la muchacha; ella y yo nos entendíamos sin necesidad de palabras.

De repente se me ocurrió una idea. Volví y levanté la tapa del portaequipajes. Había allí un objeto envuelto en una manta de colores, que no quise desenvolver, para no dar lugar a sospechas. Pero, a pesar de la manta, el tacto me indicó, sobradamente, el contenido del envoltorio.

—¿El rifle? —preguntó Rena, con un hilo de voz.

—Sí. —Cerré la tapa—. Dejémoslo aquí, no es una prueba que pueda ayudarnos demasiado. Vamos adentro.

Caminamos a lo largo del sendero enarenado, en tanto sentíamos aumentar el ruido y el bullicio de la fiesta. De pronto, una chica salió corriendo de entre un macizo de flores, perseguida por un sujeto gordo, calvo y sudoroso, cuyo rostro aparecía congestionado. Ella reía alegremente, divirtiéndose mucho con los esfuerzos que hacía el sujeto para alcanzarla. Los dos desaparecieron segundos después detrás de un grupo de eucaliptos.

Rena me miró, evidentemente molesta por lo que acababa de presenciar. Me encogí de hombros, ¿qué otra cosa podía hacer? Y eso que la fiesta estaba aún en sus principios.

Llegamos a la casa, cuya entrada estaba igualmente abierta de par en par. El vestíbulo se hallaba brillantemente iluminado. Dimos unos cuantos pasos por su interior y de pronto vimos aparecer a Edgar Fashell.

Los ojos del sujeto chispearon durante un segundo, pero no tardó en sonreír, si bien con un cierto aire de superioridad que no tenía nada de acogedor.

—Vaya, si es mi amigo el detective —dijo en tono falsamente festivo—. Y, por cierto, viene espléndidamente acompañado. ¿Quiere presentarnos, amigo?

—Por supuesto. La señorita Wynter, el señor Fashell. Es el esposo de *mistress* Albritton, Rena.

Ella hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Encantada, señor Fashell.

—Por favor, llámeme Eddie, como hace todo el mundo. Me permitirá que la llame Rena, ¿no es cierto? —Me dirigió una mirada envenenada—. A menos que el detective tenga algo que oponer, por supuesto.

—En absoluto, claro está —respondí cortésmente.

—Entonces, aprovecharé la ocasión —dijo Fashell—. Venga conmigo, Rena, conocerá a mucha gente importante, pero, más importante todavía, tomará una copa conmigo y bailaremos juntos.

Ella me miró como consultándome con el gesto. Moví solamente los párpados y entonces se dejó llevar por el esposo de Laura.

Un *boy* filipino salió de no sé dónde, con una bandeja en las manos, y me ofreció una copa. Con ella en la mano, me acerqué a la salida del jardín.

La fiesta estaba ya en su apogeo. Los invitados se divertían en grande a los sonos de una orquesta tropical, que interpretaba alegres piezas caribeñas. Hombres y mujeres bailaban sin cesar, moviéndose continuamente en un frenético contoneo, seguro anticipo de la orgía en que se convertiría, inexorablemente, la fiesta. Aún no se divisaban, pero en el momento oportuno, los fotógrafos surgirían a la superficie, armados de sus cámaras, como los cuervos a la vista de la carroña. ¿Y, no era carroña viviente todo

lo que tenía ante mí?

Vi a Fashell y a Rena bailar en medio de un espeso grupo de gente. Fashell no tenía pelo de tonto; la pieza que interpretaba la orquesta en aquellos instantes era una violenta rumba, pero Fashell se portaba comedidamente con la muchacha. Incluso se sentía chistoso, porque la vi reír de pronto. Me alegré por ella, ya que de este modo se disiparían sus preocupaciones. Bastantes tendría a no tardar mucho. Antes de que concluyese la fiesta.

De pronto, oí una voz a mi derecha.

—¿Es esta la forma correcta de hacer honor a mi fiesta? —preguntó la dueña de la casa.

Me volví hacia ella. Laura Albritton vestía un ceñidísimo traje blanco, que dejaba al descubierto unos hombros tostados, de maravillosa factura, y que señalaba con harta claridad todas las curvas de su cuerpo, aún fresco y juvenil. Consciente del avasallador poderío de su belleza, no llevaba joyas, excepto una diminuta cintita de diamantes, que se enroscaba en torno a su cabellera de fuego. Los diamantes brillaban menos, sin embargo, que sus verdosas pupilas, de una hondura insondable.

—Estás maravillosa, Laura —dije—. No puedo añadir más; cualquier otro calificativo, además de superfino, resultaría insuficiente para describir tu indescriptible hermosura.

Laura rio cristalinamente.

—Eres único, Hubert. A veces me pregunto por qué no te conocí antes que a ese soso de Eddie.

—Eddie es un chico magnífico, no creas. Un poco pagado de su tipo, pero esto es lógico. Ya sé que eres un poco mayor que él, pero a pesar de ello, hacéis una magnífica pareja.

—Como diplomático, no tendrías precio —sonrió ella—. ¿Has venido solo? Si mal no recuerdo, dijiste que traerías a una chica encantadora.

—Eddie me la raptó. Está bailando con ella. Míralos.

Laura dirigió la vista hacia la explanada de baile, situada junto a la piscina. De pronto se echó a reír.

—No los distingo bien —dijo—. Soy un poco miope, pero solo uso las gafas cuando no me ve nadie. ¿Por qué no me acompañas a tomar una copa en el saloncito inmediato?

—Claro —dije. Comprendí que quería hablarme a solas y la

seguí. Ella se apoyó blandamente en mi brazo. Si yo hubiera sido un hombre con menos moral... y, además, si no hubiese estado enterado de todas las cosas que conocía, bueno, no es por presumir, pero la habría conquistado en pocos días.

Entramos en el saloncito, un lugar discreto donde los ruidos de la fiesta llegaban muy atenuados. Había un bar muy bien surtido y ella se situó tras el mostrador, empezando a preparar dos bebidas de inmediato. La que me habían servido ya estaba despachada.

—¿Y bien? —preguntó Laura, mientras trasteaba con las botellas—. ¿Qué hay del asunto que te encomendé?

—Está resuelto —dije, mientras me ponía un pitillo sobre la boca.

Ella me dirigió una profunda mirada.

—Hubert Bascomb, no me engañes —expresó con voz cortante. Su pecho se agitaba irregularmente, pero con rapidez—. No me importa el dinero en absoluto. Quiero... Adela Myers fue una gran amiga mía y por respeto a su memoria deseo hallar a su hija. ¿Qué sabes de ello?

Expulsé una bocanada de humo.

—Te va a costar cincuenta mil dólares, Laura. Cuidado, no son para mí, ni quiero hacerte víctima de ninguna extorsión. Pero hay una persona que me ha pedido esa cifra por decir el lugar donde se encuentra actualmente María Myers.

—¿Quién es? —preguntó Laura violentamente, olvidada por completo de las bebidas.

—Antes quiero que me prometas pagar esos cincuenta mil dólares, Laura.

Ella apretó los labios.

—Está bien. ¿Quieres que te firme un cheque ahora mismo?

—Me basta con tu palabra. Es Ida Lane.

—¡Ida Lane! —repitió Laura explosivamente—. ¿Y por qué tiene que saber ella el paradero de María Myers?

—Porque es la hermana de Phil Wynter. El verdadero nombre de Ida Lane es Dolores Wynter. ¿No lo sabías?

Laura parecía estupefacta.

—Pero, tú... ¿cómo te has enterado de todo eso y, sobre todo, en un espacio de tiempo tan corto? —preguntó.

—No olvides mi profesión, Laura —sonreí—. Anda, termina de

preparar las bebidas.

—Sí —dijo ella, sumamente pensativa—. Pero no olvides una cosa: solo pagaré cincuenta mil dólares en el caso de que me presentes a María Myers. Supongo que lo harás.

—Claro.

—Y ella, me refiero a Ida Lane o cómo diablos se llame, ¿por qué pide cincuenta mil dólares?

—Porque Phil dejó hecho testamento en el cual nombra heredera de setenta y seis mil dólares a María Myers, en tanto que a Ida solo le deja uno. Calculo que es que debe querer resarcirse y, hasta cierto punto tiene razón.

—¡Pero darle dinero a esa borracha...! —Me entregó la copa—. Está bien, toma, bebe.

—Gracias.

Bebimos unos momentos en silencio. Observé a Laura disimuladamente. Estaba tremendamente agitada. De pronto reparé en un detalle decorativo de la habitación.

—Es una panoplia muy bonita —dije, señalando un lugar del muro cubierto de armas blancas de todas clases.

—Sí. Y son legítimas —contestó ella con orgullo—. Pero no me has dicho aún dónde vive María Myers.

Terminé la copa.

—Me gustaría que te reunieras aquí conmigo dentro de quince minutos exactamente. ¿Lo harás?

—¿Qué te traes entre manos, Hubert Bascomb? —preguntó ella suspicazmente.

Dejé la copa sobre el mostrador.

—Haz lo que te he dicho y vuelve dentro de un cuarto de hora. Mientras tanto, atiende a los invitados.

—De acuerdo —salió de detrás del mostrador y, sonriendo, apoyó su mano sobre mi brazo—. Si me traes a María Myers, podrás pedirme todo lo que quieras.

—Te enviaré una factura por trescientos veintidós dólares de honorarios, lo cual significa que te devolveré cuatro mil seiscientos setenta y ocho. Eso es todo lo que tengo que pedirte, Laura.

—Pero...

—Anda, ve con los invitados.

Ella me miró aún un instante y luego se alejó. Estuve allí un par

de minutos, fumando tranquilamente un cigarrillo. Después, salí del saloncito y me dirigí hacia el jardín, procurando caminar sin ser visto.

Llegué hasta mi automóvil y recogí algunas cosas que había traído. A continuación, regresé nuevamente a casa, procurando entrar en el saloncito sin ser visto. El jolgorio continuaba, a cada momento, *in crescendo*. Sombríamente, pensé en que aquella alegría terminaría posiblemente en tragedia mucho antes de llegar la medianoche.

Una vez tuve todo listo, salí afuera y me mezclé con los invitados. Vi a Rena en el centro de un grupo de hombres, entre los cuales destacaba Fashell. Me acerqué a ellos y la muchacha acogió mi llegada con notable alivio.

—¡Hombre! —exclamó Fashell—. Si está aquí el detective. ¿Viene a rescatar a la doncella de las garras de los fieros dragones que la acosan?

—Algo por el estilo —sonreí—. El caso es que hemos venido juntos y aún no he tenido el gusto de bailar con ella una sola vez. ¿No les importa que me la lleve unos minutos?

Y sin esperar su respuesta, alargué la mano y cogí la de Rena. Estreché su talle y nos alejamos de allí.

—Empezaba a pensar que se había olvidado de mí, Hubert —dijo ella, quejosamente.

—Estaba trabajando, querida —contesté.

—¿Descubrió al asesino?

—El asesino está descubierto. Lo importante, ahora, es formularle la acusación de modo que no pueda refutar ninguno de los cargos. ¡Hola, Kilgore!

—¿A quién saludas? —preguntó ella, al ver a un hombre joven y apuesto, que bailaba con una volcánica matrona entrada en años.

—Un amigo —dije ambiguamente.

Ella no dijo nada. Seguimos bailando, hasta que, de pronto, me di cuenta de que ya había transcurrido el cuarto de hora acordado.

—Ven conmigo —dije.

—¿A dónde? —preguntó ella, recelosamente.

—¿No te gustaría conocer a la dueña de la casa? ¿O te la ha presentado ya su marido?

—No; no la conozco todavía.

—Bueno, ahora hablarás con ella. Ven.

La cogí de la mano y eché a andar con ella, sorteando la gran cantidad de invitados. Uno o dos sujetos, ya en los linderos de la borrachera, trataron de llevársela, pero rechacé sus asaltos de modo harto contundente.

Poco después entrábamos en la casa. Conduje a Rena al saloncito. Laura ya estaba allí.

Rena y yo entramos juntos. Cerré la puerta a mis espaldas. Avanzamos unos pasos hasta situarnos casi frente a la dueña de la mansión.

El rostro de Laura Albritton tenía la blancura del traje que cubría su cuerpo. Sus ojos brillaban con extraño fulgor.

—Aquí tienes a la muchacha a quién buscabas, Adela Myers — dije.

CAPÍTULO XIV

Las dos mujeres se contemplaron en silencio durante unos momentos. Luego, Rena se volvió acusadoramente hacia mí.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, Hubert? —gritó, tuteándome sin darse cuenta.

—Porque hasta ayer no lo supe, María Myers —me volví hacia la artista—. Ya has encontrado a la hija que buscaste, con tanto ahínco, durante tantos años. Aquí la tienes.

Los labios de Laura Albritton temblaban. Fue a decir algo, pero no acertaba a expresar, con palabras, sus ideas.

—María —fue todo lo que dijo.

La muchacha avanzó hacia ella.

—¿Es usted... mi madre? —preguntó.

El parecido entre ambas era sorprendente.

—Si tú eres María Myers... sí, lo soy.

Rena tomó en las suyas las manos de la artista.

—Me alegro de haberte encontrado, mamá —dijo llanamente.

—¿Por qué te hizo adoptar Wynter ese nombre? —inquirí.

Rena, ahora ya María Myers, se volvió hacia mí.

—Mi padre le salvó la vida en Guadalcanal y luego resultó gravemente herido. Antes de morir, pidió a Wynter que si salía con vida, cuidase de mamá y de mí. Wynter lo hizo así, pero solo en lo que a mí respecta.

La artista bajó la cabeza.

—No tenía dinero entonces para mantenerte, hija —murmuró—. Tuve que dejarte, a la fuerza, en el orfanato. Cuando pude recogerte... Wynter se había hecho cargo de ti. No quisieron decirme quién te había reclamado ni cuál era vuestro paradero. Mi... mi conducta...

—Por favor —dijo la muchacha vivamente—. No tienes que hacerte ningún reproche. Cualquiera cosa que hayas podido hacer,

pertenece ahora al pasado. —Se volvió hacia mí—. ¿Cómo pudiste enterarte tú de algunos detalles, Hubert?

—Mi secretaria se puso en contacto con el orfanato. Le dijeron que Wynter había sido nombrado tutor legal tuyo —miré a Laura—. ¿Te hizo alguna extorsión para sacarte dinero con motivo de María?

Ella movió la cabeza negativamente.

—No. Todo lo contrario. Dijo que... que yo no era digna de tener a mi hija al lado. Le ofrecí dinero, sumas enormes... pero él se rio de mí. Dijo que, ante todo, estaba la amistad con el hombre que le había salvado la vida y cuya memoria respetaría siempre.

Todavía sabía yo algo más, pero, claro está, no era cosa de revelarlo delante de María. El esposo de la hoy artista, se había confiado a Wynter y le había dicho que Adela, su esposa, no guardaba una conducta digna de su condición de mujer casada. Es fácil, pues, conocer los sentimientos de Wynter cuando regresó de la guerra y se encontró a María internada en un orfanato. Hombre ducho en toda clase de ardides leguleyescos, le fue relativamente fácil hacerse con un mandato legal de tutoría, desposeyendo a la madre de todo derecho sobre la hija y desapareciendo después, a fin de que ella no les pudiera encontrar. Pero, años más tarde, se habían encontrado en Los Ángeles y...

—Sin embargo, no has encontrado al asesino de Phil —exclamó María.

—Calma. Todo vendrá a su debido tiempo —dije—. Laura, porque supongo que seguirás llamándote así, ¿quieres prepararnos algo de beber?

—Sí, por supuesto. —Estaba nerviosísima y no hacía más que mirar a la muchacha. Eran dos mujeres a cuál más hermosa, pero la fresca belleza de María triunfaba. Me pregunté si a María le gustaría vivir en aquel ambiente ficticio, hueco y vano. Ahora podría tener todos los caprichos que deseara. ¿No malearían el dinero y la abundancia su excelente carácter?

—De modo que Phil Wynter no quiso decirte el paradero de María —dije, mientras tomaba el primer trago.

—Así fue, pese a las sumas que le ofrecí.

—Supongo que no serías tú la autora del disparo fatal, Laura.

—Oh, no, en absoluto. Como persona, era un sujeto detestable y repugnante... —se cortó de pronto, mirando a su hija.

María se había puesto muy pálida.

—Sigue, Laura —dije—. María, tienes que ser fuerte. Wynter fue para ti como un padre, y no dudo que se portó contigo maravillosamente, pero debes saber que era un tipo de muy bajas cualidades morales en otro sentido.

—¿Lo... dices de veras, Hubert? —preguntó la muchacha, con un hilo de voz.

—Poseo numerosos documentos, mediante los cuales extorsionaba a las personas, obteniendo dinero de ellas —respondí—. La cosa no deja lugar a dudas.

—Puede que sea cierto —exclamó María con vehemencia—, pero yo le debo mucho. El asesino debe ser hallado y castigado.

—Lo será, te lo aseguro —respondí con firmeza—. El delito de chantaje está muy castigado, pero la pena para el que comete un homicidio es infinitamente superior.

—Bien, ¿y quién fue el asesino, de Wynter? —preguntó Laura.

Me puse el dedo en los labios, indicándoles silencio. Luego, de puntillas, caminé hasta la puerta del saloncito y la abrí de golpe.

Un hombre se enderezó vivamente.

—¡Oh, dispensen! —exclamó—. No sabía que estuvieran reunidos.

—Puede que a usted le interese asistir, también, a la reunión. ¿No quiere pasar, Fashell?

—Por supuesto —avanzó hacia el bar—. Querida, tienes una compañía muy agradable —dijo a su esposa.

Las facciones de Laura estaban tirantes. En tono seco, casi insultante, dijo:

—Eddie, te presento a mi hija María.

Fashell enarcó las cejas.

—¡María! Pero ¡qué sorpresa tan agradable! ¿Cómo iba a imaginarme yo que esta jovencita tan encantadora fuese tu hija, Laura?

—Dale un trago, Laura —sugerí—. Quizá tu esposo tenga ganas de beber.

—Lo de siempre, querida —dijo Fashell en tono chancero—. Ya sabes: agua, jugo de limón, dos pizcas de azúcar y un par de cubitos de hielo. No bebo alcohol nunca.

—Será porque el ejemplo de Ida Lane le horroriza —manifesté

tranquilamente.

Los ojos de Fashell me dirigieron una mirada chispeante de cólera.

—No mencione aquí a cierta clase de personas —dijo secamente—. Dame la limonada, Laura.

—Prepáratela tú si quieres —respondió la artista desabridamente.

Fashell la miró con sorpresa.

—Pero ¿qué te ocurre, querida? ¿No te sientes contenta? ¿Por qué no celebramos el feliz encuentro con tu hija?

—Porque tú eres el que menos lo deseó siempre, Eddie —declaró la actriz contundentemente.

Hubo una pausa de silencio. El rostro del apolo se deformó visiblemente. Antes de que pudiera recobrarse de aquella estocada verbal, dije:

—Y, por la misma razón, mató a Wynter, para que un día no cediera a la tentación del dinero que le ofrecía su esposa y declarase dónde estaba María.

Fashell me miró con expresión de odio.

—Todo eso no son más que tonterías, detective —expresó ásperamente.

María retrocedió un par de pasos, asustada al hallarse ante el asesino de Wynter.

—¿Tonterías? —repetí—. Espero probarlo de un modo concluyente, Edgar Fashell, no le quepa la menor duda. En primer lugar, la policía registrará esta casa, palmo a palmo, hasta encontrar el revólver con el que disparó contra Wynter. Lo encontrará, no le quepa la menor duda. ¿Quiere que le diga por qué lo mató?

Fashell extendió las manos hacia su esposa. Laura le miró con infinita repugnancia.

—Laura, ¿tú no irás a creer toda esa sarta de barbaridades? —exclamó.

Ella no contestó. Fui yo quien continué hablando:

—Usted temía que Wynter terminara cediendo algún día. Eso no le convenía en modo alguno. Laura quería hallar a su hija a toda costa. Y usted sabía lo que iba a suceder en tal caso. Diciéndolo con toda claridad, entonces le despediría como a un lacayo. ¿Cómo iba usted a consentir el perder una situación tan privilegiada? Conocía

los propósitos de Laura, sabía que ella, una vez hubiese encontrado a su hija, querría abandonar todo este mundo falso y corrupto y dedicarse, por entero, a compensar a María del abandono en que, parte voluntariamente, parte forzosamente, la había tenido, durante tantos años. Quizá a última hora, Wynter empezaba a ablandarse, más por motivos de índole sentimental, que por dinero. Fue a verle y le mató.

La nuez del asesino subió y bajó. Yo continué, implacable:

—Pero no había contado con una cosa, y es que Wynter, Bancroft y Donovan, formaban una sociedad para el chantaje, valiéndose de los datos que adquirirían como periodistas. Wynter quería callar lo de María, pero esto, a Bancroft y Donovan, les importaba un rábano. Ambos sabían que si descubrían el asunto, lanzarían una noticia sensacional: una hija abandonada, a los pocos meses de edad, por una de las artistas más famosas del momento y prohijada y cuidada por un hombre, a quién, el primer esposo de la artista había salvado la vida en Guadalcanal. Los titulares de los periódicos encenderían a la gente... pero ellos dos sabían que obtendrían muchísimo más dinero de la otra forma. Es decir, chantajeando a Laura. En este caso, su carrera quedaría arruinada y, puesto que para lanzar la noticia, sería necesario presentar a María, usted quedaría fuera de combate de todas formas. Es decir, que tanto si Laura encontraba a su hija, como si la sometían a chantaje, usted saldría perdiendo de todas formas. La gente puede perdonar muchos devaneos a una estrella de cine, pero no el hecho de que haya abandonado a una hija de pocos meses. El público no profundizaría en los motivos que habían impulsado a Laura a actuar de esa forma y, además, Bancroft y Donovan, presentarían los hechos de modo que Laura no tuviese defensa. Entonces, fue cuando usted vio que no tenía otro remedio que eliminar a los dos periodistas. Primero mató a Bancroft, porque fue este el primero en amenazar. Empezó a seguirlo y cuando vio que se dirigía a mi apartamento, lo acuchilló en el ascensor. Pero aún quedaba Donovan, y este conocía todo el asunto. Tuvo que hacer lo mismo, aunque uno de sus propósitos, que era el de encontrar ciertos documentos, entre ellos las partidas de matrimonio de Laura y la de nacimiento de María, quedó frustrado. Encontró la llave de la caja de alquiler del banco y fue a ver si los encontraba allí, pero no lo

consiguió. Usted era muy ingenuo comparado con aquel trío de chantajistas, Fashell.

—¿Y usted sí ha encontrado los documentos? —preguntó.

Moví la cabeza afirmativamente.

—Y muchos otros más, de los cuales usted, seguramente, se habría aprovechado más adelante. Incluso no estoy seguro de que no hubiese forzado a su esposa a abrirle los cordones de la bolsa. Oh, en este aspecto, la experiencia había enseñado a Laura a ser precavida. Pero ¿qué no habría obtenido de ella, diciéndole que podía enseñarle a su hija cuando quisiera, aunque mediante una sustanciosa recompensa... la intervención en sus asuntos económicos, por ejemplo?

—Según eso —dijo Fashell despectivamente—, yo debiera haber asesinado a María.

—¿Y quién sabe si eso no figuraba entre sus planes posteriores? —exclamé—. De momento, la guardaba como una especie de cartucho en reserva, por si las cosas se le torcían. Sospechaba quién era, pero le faltó la confirmación de los documentos. En cambio, yo tenía que ser eliminado, pues era un elemento demasiado peligroso para usted. Por ello envió, primero, a aquella pareja de hampones a intimidarme; luego, me esperó en mi apartamento para asesinarme y, no hace mucho todavía, disparó contra mí con un rifle de gran potencia.

Una despectiva sonrisa apareció en los labios de Fashell.

—Aunque así fuera —dijo—, debería probarlo de modo concluyente, detective.

—Por supuesto —contesté. Pasé al otro lado del bar y extraje un objeto que levanté con ambas manos—. Cuando la policía le enfrente a Grundey y a Tillie, con esta máscara puesta sobre el rostro, le reconocerán inmediatamente. Tenemos, además, algunos otros detalles: por ejemplo, cuando mató a Wynter. La única copa que se encontró allí, hizo sospechar a la policía que el asesino era abstemio, cosa que Tillie y Grundey corroborarán, sin lugar a dudas, como yo mismo acabo de comprobar. Pero todavía hay más, una prueba, la última, irrefutable, la que le enviará a la cámara de gas de San Quintín.

Me interrumpí un momento.

—Cuando quiso matarme, rompió el puñal, una auténtica daga

española del siglo XVII, casi a nivel de la empuñadura, es decir, que abandonó en mi apartamento veinticinco centímetros de hoja de acero, la cual coincide, *exactamente*, con las heridas de Bancroft y Donovan, según el informe forense. Por lo visto —añadí—, cambió de método de matar cuando se dio cuenta de que el revólver armaba mucho ruido, ¿no es cierto?

Fashell estaba lívido. Antes de que tuviera tiempo de rebatir mis alegatos, me acerqué a la panoplia y tiré de la empuñadura de una de las armas que estaban colgadas de la misma. Era una daga española, con su funda, pero a la cual le faltaba casi toda la hoja.

—Usted se llevó la empuñadura y la volvió a su sitio, a fin de que su falta no fuese advertida. La policía tiene en su poder el resto de la hoja y el examen microscópico declarará, sin lugar a dudas, que ese trozo de acero pertenecía a esta daga. ¿Quiere todavía más pruebas, Edgar Fashell?

Hubo una tensa pausa de silencio. Las dos mujeres le contemplaban espantadas.

—¡Kilgore! —llamé.

La puerta se abrió y el joven a quién había saludado antes, entró en la estancia.

—Les presento al sargento Kilgore, del Departamento de Policía de Los Ángeles —dije.

Entonces, bruscamente, sin darnos tiempo a reaccionar, Fashell lanzó una espantosa maldición, a la vez que saltaba como una fiera hacia María, cogiéndola por un brazo. Un revólver de cañón corto apareció al instante en su mano.

Kilgore quiso sacar el arma, pero le detuve.

—Quieto —dije—. No haga nada. Es preferible que se escape a que cause el menor daño a *miss* Myers.

María estaba terriblemente pálida, pero no gritó. Fashell se escudó tras ella.

—Si dan un solo paso, la mataré —dijo rabiosamente—. Voy a escaparme y ella me servirá de protección.

Súbitamente, Laura lanzó un grito agudísimo.

—¡Eso no! —Y se arrojó contra el asesino. Ahora era una madre.

Sonó un disparo. Laura se detuvo bruscamente como si hubiese tropezado con una pared invisible, luego, giró sobre sí misma y manoteando frenéticamente, se desplomó en el suelo.

María gritó y empezó a forcejear para desasirse. Aturdido, el asesino la dejó escapar.

Kilgore sacó su pistola.

—¡Quieto, Fashell! —ordenó.

El asesino le miró durante unos segundos con ojos turbios. De pronto, dio media vuelta y se abalanzó sobre la ventana más próxima.

Kilgore tiró contra él. La precipitación le hizo fallar el disparo. Fashell atravesó la ventana con el ímpetu de un obús, llevándose por delante los vidrios, en medio de un enorme estruendo, y saltó al jardín.

La gente chillaba y corría por el patio. Kilgore maldijo sonoramente y saltó hacia la ventana.

Fashell corría por el borde de la piscina, brillantemente iluminada, en tanto los asistentes a la fiesta se apartaban presurosamente, gritando espantados. Kilgore apoyó el revólver en el antebrazo izquierdo y tomó puntería cuidadosamente.

Fashell empezó a inclinarse hacia su derecha, sin dejar de correr. Pero el sangriento orificio del proyectil, en el centro de su espalda, era claramente visible aun desde el punto en que me encontraba. Bruscamente, el pie derecho resbaló en el pavimento de mosaico del borde de la piscina. Un enorme chorro de espumas saltó al aire y eso fue todo.

Kilgore saltó afuera y corrió hacia la piscina. Yo me volví hacia el interior de la habitación.

María estaba arrodillada al lado de Laura, en el centro de cuyo pecho se veía una gran mancha roja, semejante a una orquídea escarlata entre sus senos, que destacaba, nítidamente, en la blancura de su traje. Laura abrió los ojos en aquel momento y me miró.

—Hubert... —susurró—. Yo... yo no lo supe hacer... Cuídala tú... Cuídala mucho... Es una muchacha magnífica... y no merece... Tengo testamento dejándoselo todo...

Calló de pronto. Su cuerpo sufrió una ligera convulsión y sus labios se entreabrieron para dejar escapar el último suspiro.

Cerré los ojos de Laura. A mi lado, María sollozaba amargamente. Pensé, durante unos momentos, en lo ocurrido. Se habían cometido tres asesinatos, dos personas más habían muerto...

y total, ¿para qué? El asesino no había obtenido la menor ventaja de sus crímenes. Había matado, para terminar recibiendo un balazo en la espalda... matar por nada, eso era lo que había hecho Fashell.

Cogí a María por los hombros y la llevé fuera de la habitación, mientras Kilgore empezaba a trabajar.

EPÍLOGO

Miss Gibson me recibió con una brillante sonrisa y un apretado programa de notas en la mano.

—Los encargos llueven, jefe —dijo—. Va a tener usted que ampliar su agencia.

—Sí —suspiré dejándome caer sobre el sillón. Todo había terminado ya, y aunque había ganado fama y dinero, me sentía descontento de mí mismo: había perdido lo principal, había perdido a María, cuyo paradero ignoraba por completo.

Miss Gibson se situó delante de mí, dispuesta a darme cuenta de las novedades habidas durante los últimos días y los encargos que nos habían encomendado.

—¡Ah! —dijo de pronto—. Llegó esta mañana una carta para usted. La trajo un mensajero especial, con el encargo de que la abriera usted personalmente.

Miré el sobre. Solo traía mi nombre, sin otra indicación. Dudé unos momentos, pero, al fin, acabé tomando un abrecartas.

Saqué una cuartilla de su interior y la desdoblé. Estuve leyendo durante unos momentos, contemplado ávidamente por *miss* Gibson, a quién devoraba la curiosidad.

—¿De quién es? —preguntó la secretaria, cuando, al fin, no pudo resistir más.

Doblé la carta cuidadosamente y la guardé en el bolsillo.

—De María Myers.

—Y ¿se puede saber qué dice?

—Está de viaje.

—Pobrecilla. Falta le hace olvidar, después de lo que ha pasado. ¿Solo dice eso? —preguntó *miss* Gibson intencionadamente.

Miré a la secretaria y sonreí.

—Dice que la espere, que volverá.

FIN

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS



veterano tiene eso
un veterano sabor



VETERANO
ES DE
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORE LA NUEVA 2 BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA 8 pts. • Impreso en España • Printed in Spain

